

AGUSTÍN SOUCHY

UNA VIDA POR UN IDEAL

Grupo de Amigos de Simón Radowitzky
MEXICO, 1956

La reproducción de este libro a través de medios ópticos, electrónicos, químicos fotográficos o de fotocopias está permitida o alentada. No permita que le cobren por este archivo

INTRODUCCION

Parece que uno haya nacido para ser pintor de milagros o confeccionador de esquelas necrológicas; son tantos, tantos los compañeros desaparecidos, que una parece un superviviente que flota en el naufragio de la vida para decir a los amigos y compañeros que desaparecen:

¡Salud! ¡Salud!

¡En la gran familia de los combatientes son centenares, millares, legiones, los que ya no existen! Y en cada caso, en cada desaparición, se marcha con ellos algo de uno, algo de su propia vida que repercute en la mente y, en especial, en el corazón. Al volver la cabeza hacia atrás no se vislumbran más que cruces y mantones de cadáveres. Ahora le ha tocado el turno al bueno, al digno, al heroico Simón Radowitzky.

Sin hipérbole puede decirse que se trata de uno figura arrancada de una página de Dostoievski, del Dostoievski más puro, del buceador de la bondad y de la pureza, del analítico de los sentimientos más delicados del hombre, del creador del Príncipe idiota del Aliocha de Los hermanos Karamazov. Sí; como ellos, Simón Radowitzky cruzó por la vida con los ojos, la mente y el corazón fijos en su ideal.

Radowitzky puede considerarse como un continuador de los revolucionarios que tenían la acción directa como norma de conducta: decembristas, nihilistas y anarquistas de la época heroica, de cuando la vida se ponía a trueque poro acabar ron un tirano. Puede figurar al lado de Vera fígnier, de la Petrovskaia, de Gailebov, de Kibalchik; de Ossendovski, de tantos y tantos luchadores que sacrificaron sus vidas por la libertad del pueblo ruso.

INTRODUCCIÓN

Esta vida en claro, esta existencia transparente como el agua limpia, su paso por la tierra fue un vía crucis, un sendero lleno de espinas. ¿Por qué fatal predestinación las personas buenas, los corazones nobles, los hombres magnánimos y dignos son castigados a un sufrimiento perenne? ¿Será para mostrar al mundo que tener dignidad, hombría y decencia es el crimen mayor que puede cometer el hombre?

Yo conozco la causa del sacrificio, del martirologio de Simón Radowitzky. El Simón niño, el Simón aprendiz, el Simón trashumante, sufrió los rigores de la miseria, las torturas del hambre, las laceraciones de los malos tratos, y, desde entonces, germinó en lo más íntimo de su ser una idea extraña, una idea antisocial: ¡Procurar que otros niños no fuesen tan desdichados como él!

Desde el punto de vista social, Simón poseía otro gran inconveniente: su alma encerraba un sentimiento heroico. Reunir estas condiciones un gran perjuicio. La sociedad no tolera más que el matar en frío, en los frentes de batalla o por indicación ¡¡el juez; pero ser capaz de emplear esta heroicidad para vengar a sus compañeros asesinados impunemente, renunciar a su propia vida por ejecutar un acto de justicia. '. ¿Acaso no evidencia el mayor de los peligros?

Si por añadidura se está en posesión de un corazón puro, impermeable a todo cálculo interesado, teniendo por norma una línea recta, sin la menor capacidad para la mistificación ni para claudicar, si, además, este hombre está impregnado de ansias de redención, si no vislumbra otro mundo que el del ideal, si está obcecado por la implantación de una sociedad justa. Tal condición humana ¿no muestra un sentido de absoluta inadaptación?

Desgraciado del que esté poseído de tales características. Mal lo pasará. ¡Este fui el pecado, el gran pecado de Radowitzky! ¿Creéis que no? La sociedad tiene sus leyes, sus normas, desdichado de quien las transgrede. Nuestra sociedad es "liberal y democrata". Ella concede "libertad" para todo: podéis mentir, robar, asesinar. El secreto estriba en saber guardar las formas o en disponer del medio de aplicarlas a vuestro antojo. La cuestión radica en ser uno más en el cotarro, un cofrade de la hamponería oficial, pero, ¿un francotirador, un rebelde?

Esta pretensión se paga cara, tan cara como la pagó Radowitzky. Tener sensibilidad es un mal negocio. Estar atento al dolor ajeno, percibir los aleteos de los corazones desdichados y pretender acabar con la injusticia... Una sociedad hipócrita y defensora de los intereses creados tiene que pretender acabar con los soñadores, con los idealistas. ¿Puede existir algo más vulnerable que un hombre capaz de emprenderse la justicia por su propia cuenta?

¿Cómo puede tolerarse tal audacia? ¿Adónde iría a parar una sociedad tan "moral y cristiana" como la nuestra? ¿Para qué servirían entonces los jueces, los policías, los curas y cuantos salvaguardan nuestro buen orden social? ¿Acaso no somos todos unos, por acción o por omisión, en la complicidad, en el silencio, en la cobardía en la abyección? ¿No comprendéis que no debe quedar nadie tan limpio y puro que pueda señalar con el dedo a la gran multitud de rufianes y de turiferarios?

Sí, sí, hay que extirpar todo rastro de inquietud. Hay que apagar todo destello de luz. Hay que arrancar todo propósito de rebeldía. ¡Por algo se han construido los antros de tortura de Ushuaia El mal social estriba en esta lucecita que llevan algunos predestinados como Radowitzky A los hombres que llevan en sus entrañas ese fluido inmaterial que se llama conciencia o espíritu de justicia, una aspiración hacia la bondad, o un afán de superación, a eso! hay que acosarlos, destruirlos.

¡A la horca, a la horca!

¿Y queréis que ante la inmensa balumba de confusión, de amalgama, de embuste, de hipocresía, puedan tolerar la existencia de alguien que tenga autoridad moral y hombría para convertirse en acusador? ¿Qué importa que sea decente, honrado, valiente, moral y digno? Peor. Estas son socialmente virtudes negativas. Aquí lo único que interesa es figurar en el redil, ser una comparsa más, un adulador del medio imperante. El crimen, el gran crimen es tener sensibilidad, personalidad.

¿Cómo puede ser de otra manera? ¿No lo estáis viendo? Es patente lo que representa nuestra espléndida civilización: De una parte, años y siglos de esfuerzos inusitados para crear belleza, arte, comodidades, riqueza... afanes insuperables para mejorar al hombre para prolongar su vida para humanizarlo. ¿Y para qué? ¿A cuántos llegan estos beneficios? ¿Qué perciben de ello las grandes multitudes laboriosas? Por otra parte, ¿no hemos entrado ya en la era atómica, donde pueden repetirse los ensayos de Hiroshima y hacer volar el mundo en pedazos?

Igual en la democracia que en el totalitarismo no hay más camino que el de la adaptación, que la sumisión a los intereses creados. El que es así, el que es capaz de trocar su ideología por un plato de lentejas o por una tienda de abarrotes, y mejor el amorfo el insensible, a éste nunca le ocurre nada ni tiene porque ocurrirle. El peligro lo representan tipos como Radowitzky que no se rinden ni claudican, ni las dádivas los hacen transigir, ni las coacciones y amenazas son suficientes para doblegar su carácter.

Para ellos existen los Sing—Sing en los países democráticos y los campos de concentración y la Siberia en los totalitarios. Para ellos cuenta el Estado. el mastodóntico y descomunal Estado, con sus enormes columnas de humo donde todos sus servidores y en especial la Prensa, que se nutre de sus ubres, silencia unas veces y ataca y destruye otras a esta raza maldita, a este retoño insano que pretende nada menos que dignificar el mundo.

Este noble afán fue la causa de todo el sufrimiento que encierra la vida de Radowitzky. Un niño aún, iluminada ya su alma por el ideal de un mundo mejor, conocedor a la vez del infortunio y del dolor que sufren los de su clase, asiste gozoso a una manifestación obrera, con sus emblemas, con sus himnos de lucha, con sus sonrisas fraternales entre compañeros de trabajo, de pronto, por el capricho vesánico de un policía, este gozo se convierte en tragedia varios compañeros de ruta yacen en el suelo ensangrentados, sus cuerpos yertos, sus vidas rotas.

y en el corazón del muchacho imberbe y en la mente del hombre inmaduro, al instinto natural de amar la vida, de buscar una novia de ojos azules o garzos, su sensibilidad le impone el deber de vengar a sus hermanos de clase, de convertirse en el brazo ejecutor de una justicia que quedaría impune si un alma decidida y heroica no tomara por su cuenta la realización de dicho acto, y con ello, con la eliminación del verdugo Falcón, evitara que mañana otros compañeros suyos pudieran correr la misma suerte de ser también asesinados impunemente.

Este acto podrá ser todo lo discordante que se quiera con las leyes imperantes, pero no habrá ninguna alma pura que no lo encuentre legítimo y justo. Además que este acto tiene sus raíces en la propia gesta tan heroica, tan abnegada del pueblo ruso, del pueblo nativo de nuestro Radowitzky, que de un gran momento de ilusión y de esperanza, ha venido a degenerar en un antro de crueldad, donde la feudal y abrutada aristocracia ha sido sustituida por una burocracia voraz y deshumanizada.

Pero allí como aquí, el problema queda en pie. El anhelo de liberación es eterno. De ahí que nosotros, almas ingenuas y simples, sigamos aguardando nuestra aurora, la aurora de los que trabajan, de los que sufren, de los miserables que pueblan la tierra; la misma aurora que latía en las entrañas de Simón Radowitzky. Entonces, en el advenimiento de esta aurora, ocurra lo que ocurra no tendrá más que tu nombre: JUSTICIA.

José Viadu

SIMON RADOWITZKY
(1889.1956)

I

El 29 de febrero se truncó la existencia del que fuera nuestro querido amigo y compañero Simón Radowitzky. Su muerte deja un vacío muy profundo entre todos los amigos y compañeros del que fue un magnífico luchador.

Varios periódicos de Europa y de la América Latina han publicado artículos y notas cortas sobre Radowitzky, pero ello no basta para dar una impresión viva de su vida accidentada y dramática, necesita de una relación más amplia que sea la expresión de las luchas y los sufrimientos del compañero desaparecido.

Simón Radowitzky vivió en México los últimos años (quince) de su existencia. Debido a las iniquidades y sufrimientos a que fue sometido en su juventud, casi en su adolescencia, su salud se hallaba muy quebrantada. Prácticamente sus últimos años de vida transcurrieron de su modesto cuarto, situado en la azotea de un edificio, al sanatorio, y viceversa.

Los amigos de Radowitzky presentían que sus días terrenales estaban contados. No obstante, su muerte causó una sorpresa dolorosa para todos los que lo habían tratado. Simón Radowitzky era estimado y querido por quienes habían podido apreciar su gran corazón abierto a todas las generosidades. No fue lo que se llama un hombre del montón su personalidad traslucía aquella sensata madurez que los hombres sólo logran o adquieren debido a acontecimientos trascendentales, experiencias intuitivas y sufrimientos extraordinarios. La Naturaleza lo dotó de condiciones excepcionales para vivir sucesos fuera de lo común. Simón tuvo una juventud heroica su edad viril fue consumida en veintiún años de prisión en la tristemente célebre cárcel de Ushuaia, en la Patagonia; las grandes experiencias y dolores de su vida purificaron su vejez.

¿Quién era Simón Radowitzky? ¿Cuál fue la característica que le hizo destacar entre los demás hombres? Sólo la vieja generación del movimiento obrero recuerda su nombre. Y a su conjuro despierta la memoria las duras y heroicas luchas del movimiento revolucionario a principios de siglo, al cual deben las generaciones actuales gran parte de sus conquistas. En dicha época el entusiasmo, la abnegación, el idealismo y el espíritu de sacrificio en el movimiento obrero internacional estaban a la orden del día, eran sus elementos primordiales. En la actualidad Simón Radowitzky, nos parece, más que nunca, un luminoso ejemplo de luchador, dotado de alta calidad humana, excepcional entonces y ahora. Por su tenacidad, por su

valor, por su firmeza y honestidad se le podría comparar a una paloma real en un desierto, solitaria y erguida contra la adversidad.

La cuna de Simón estaba no muy lejos del río Dniester, en la vieja y deshonrada, pero, al mismo tiempo, santa tierra de la Rusia zarista. Combatida justamente por las acciones infamantes del régimen autócrata de los zares, sagrada, por el gran número de idealistas que allí se desarrollaron y por el enorme esfuerzo del pueblo en librarse de las cadenas que le oprimían, Simón Radowitzky fue uno de estos idealistas. En nuestros días quizá sea raro concebir un tipo de luchador así, tal como lo fue Radowitzky, uno más entre todos y al mismo tiempo único, cuya vida inquietudes y ambiciones tenían por objetivo un mundo más justo y noble, cuyos inicios se basaban en el mejoramiento de la clase trabajadora.

Simón nació el 10 de octubre de 1889 hijo de una humilde familia judía, en el pueblo de Stepanitz (Ucrania). En la mentalidad de sus padres alentaban las ambiciones intelectuales, heredadas de un viejo pueblo cultural. El padre no podía ofrecer a sus hijos ninguna riqueza material. Sin embargo, alimentaba el anhelo de darles una buena instrucción y educación, cosa difícil de realizar en Stepanitz. Llevada por un deseo de mejoramiento, la familia emigró a principios de siglo a la ciudad industrial de Yekaterinoelav, en el centro de Ucrania.

En Yekaterinoslav, el joven Simón aprendió a leer y escribir, así como algunos otros conocimientos elementales. A la tierna edad de diez años, el niño Simón tuvo que abandonar la escuela para ayudar al sostenimiento del hogar. Lo colocaron de aprendiz de cerrajero. En aquel tiempo era costumbre que los aprendices vivieran en casa del maestro. Simón comía en la mesa de su patrono y dormía en el mismo comedor, en un pequeño camastro, bajo la gran mesa central. Trabajaba desde las seis de la mañana a las ocho de la noche, con pequeñas pausas para comer. Esta larga jornada de trabajo influyó seguramente en el alma del muchacho despertando el germen para su futuro pathos social. Fueron, precisamente, las luchas en pro de una reducción en las horas de trabajo las que determinaron su destino.

En la casa del maestro cerrajero el joven aprendiz no solamente se dedicó a manejar la lima y el barquín, sino que se enteró de cosas ajenas a su profesión, pero ligadas a su clase. La hija del cerrajero era estudiante y en la noche se reunían grupos estudiantiles para discutir temas sociales. Los jóvenes se sentaban alrededor de la mesa bajo la cual dormía el muchacho Simón y éste, en lugar de dormir, seguía atentamente las conversaciones. Un mundo nuevo, de palabras y conceptos, se iba abriendo ante sus ojos. Los reunidos trataban en especial problemas relacionados con su precaria existencia y la de sus semejantes. Supo, además, que existía un movimiento de regeneración popular en el que participaba la elite espiritual del país. Los estudiantes hablaban de la opresión del pueblo y mencionaban partidos y agrupación es que tenían como meta el cambio radical de la vida pública. El gran objetivo de este movimiento era la liberación política del pueblo, en general, y la emancipación económica de los trabajadores y campesinos, en particular.

Las nuevas ideas que por esta época se expandían por toda la gran Rusia y que de una manera tan especial llegaban al conocimiento del joven aprendiz de cerrajero, grabaron profundamente en su alma y cuando Simón, unos años más tarde, encontró trabajo en una fábrica, no era un obrero novato, desconocedor de las fuerzas que se oponían a la liberación del pueblo en la sociedad rusa de su tiempo.

Sus compañeros de trabajo podían confiar en el joven Simón, que pronto se convirtió en uno de sus más abnegados y sensibles compañeros de lucha proletaria.

La juventud de Simón Radowitzky se desarrolló paralelamente en un momento crucial del movimiento obrero en Rusia. En América, así como en la mayoría de los países europeos existían, hacía ya muchos años, sindicatos obreros y movimientos sociales de diferentes tendencias, que desarrollaban sus actividades con la relativa libertad que conceden los estados capitalistas. Pero en Rusia, por el contrario, subsistían las condiciones que la mayoría de los países habían superado después de la segunda mitad del siglo pasado. Los oprimidos no gozaban la menor libertad política y los explotados no tenían posibilidad alguna de mejorar su situación. El contraste entre la opulencia feudal y la miseria de las multitudes era cosa que clamaba a los dioses.

Al comenzar el siglo XX se despertaron de manera arrolladora las fuerzas progresistas en el país de los zares. Las clases dominantes no querían hacer concesión alguna y el resultado de esta actitud fue un movimiento subversivo que sacudió al grande y despótico país hasta sus cimientos, desde el Este al Oeste y del Norte al Sur. Frente al despotismo oficial, el pueblo se puso en pie de guerra. Los intelectuales ambicionaban un campo libre para el progreso espiritual; los políticos ansiaban liberalizar al régimen; los campesinos, un cambio de vida que los libertara de su opresión, y los obreros, la reivindicación de la jornada de trabajo, el aumento de sus salarios y un trato más libre y humano en todos los órdenes de la vida.

En el mes de junio de 1904 los trabajadores de Yekaterinoslav se declararon en huelga general con el fin de apoyar su demanda en pro de la jornada de diez horas de trabajo. Los huelguistas organizaron una manifestación callejera y celebraron un acto público en la plaza principal de la ciudad. El acto se había organizado sin el permiso de las autoridades, motivo grave para el despotismo oficial.

En el curso de la reunión fueron cercados por una compañía de cosacos, el comandante de la cual pidió a los manifestantes que se dispersaran inmediatamente. Los trabajadores no querían renunciar a su derecho de reunirse en asamblea popular. Se produjeron choques violentos. La tropa disparó contra los manifestantes, y Simón Radowitzky, que se encontraba entre ellos, fue gravemente herido en el pecho. Entonces no tenía más que catorce años. Haciendo acopio de energías logró escapar del lugar, sin caer en manos de los cosacos. Tardó seis meses en restablecerse, aunque las consecuencias de esta herida las sufrió hasta su muerte.

Este grave incidente sirvió de piedra de toque para calibrar la fuerza de su moral combativa y constituyó la prueba de fuego de lo que había de ser toda una vida dedicada a un ideal: la gran causa de la liberación social. Desde entonces, sus compañeros lo consideraron como un elemento valioso dentro de sus filas y él nunca los defraudó. Apenas salido del hospital, el adolescente se puso a disposición de los socialistas para distribuir hojas de propaganda. Esta actividad estaba prohibida por las autoridades del régimen zarista y el culpable era castigado con fuertes penas. Simón fue cogido in fraganti, y arrestado por la policía, estuvo encarcelado durante cuatro meses. Gracias a su juventud—acababa de cumplir 15 años de edad— se salvó de una condena a Siberia.

Un temperamento en plena ebullición como el de Radowitzky no podía cejar en su empeño. De ahí que nuevas dificultades esperaban al joven "delincuente". Ningún patrono quiso dar trabajo al que consideraban ya como un luchador

subversivo. Después del sufrimiento padecido en el hospital y por torturas pasadas en la cárcel era amenazado con el espectro del hambre. Pero su actitud entusiasta y su generoso desprendimiento había ganado el cariño y simpatía de sus hermanos de clase. Los obreros de la planta siderúrgica *Shla* obtuvieron de sus patronos que Simón Radowitzky fuera admitido como trabajador. Poco tiempo después se organizó un sindicato en la fábrica y en asamblea general fue nombrado segundo secretario sindical.

Se disputaban la hegemonía del movimiento obrero de Rusia varias tendencias. Existían los *narodniki* o socialistas populares, los socialistas revolucionarios de la derecha y de la izquierda, los marxistas bolcheviques y los marxistas mencheviques, los maximalistas y los anarquistas. Todos cortejaban la adhesión del que prometía ser un bravo luchador. Cada cual creía que su trayectoria era la única que debía conducir a la emancipación total. Las controversias sobre las diferentes teorías y la práctica en la lucha social fueron muy apasionadas en las fábricas rusas. El joven Radowitzky más que como teórico destacaba como elemento de choque. Su participación en el movimiento obrero obedecía a un sentimiento de rebeldía contra la injusticia y la opresión; predominaba en él la característica de la sensibilidad. El instinto de su naturaleza y las experiencias de la práctica revolucionaria formaron su concepto —que era el de muchos otros—: la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos. Por esta razón se sintió atraído con mayor fuerza por la tendencia que propagaba la acción directa. Un incidente ocurrido en una asamblea contribuyó a definir su actitud: Simón se pronunció en contra de un delegado socialista que su simpatía se inclinaba por la participación de los socialistas en el Parlamento. El delegado pretendió replicarle, pero los obreros, arrastrados por un entusiasmo rebelde nato, lo acallaron cantando La Marsellesa. Este incidente tuvo por colofón que Simón Radowitzky renunciara su puesto de secretario sindical y se inclinara hacia las concepciones más extremas.

"En el fondo —me explicó Simón cuando se refería a este episodio de su vida— yo sabía muy poco de las diferentes teorías revolucionarias dentro del movimiento obrero. Por intuición, más que por cualquier razón, elegí por compañeros de lucha a los más radicales de los izquierdistas. Entre ellos encontré la comprensión que anhelaba para mis ansias de lucha o anhelos sociales. Los anarquistas se dirigían a cada uno de nosotros, pidiéndonos ante todo que nos libráramos de los prejuicios contraídos, efectuando así la propia liberación, para luego coadyuvar mediante la acción social a la obra de la emancipación general. Una tal doctrina coincidía con mi propio temperamento y me empujó de lleno a la actividad social, sin que interviniera la política de partido que tanto ha perjudicado a la liberación de la clase trabajadora. Por sentimiento y por convicción fui entusiasta de la libertad y, en realidad, pertenecía instintivamente al movimiento libertario antes de que supiera de su existencia. Mi participación en las luchas sociales fue completamente espontánea, era algo que llevaba en la sangre; surgió de mi propia iniciativa y estaba sólo inspirada por mi amor a la libertad y mi impulso hacia una actividad revolucionaria."

En diferentes ocasiones Simón Radowitzky me había hablado de su iniciación en las luchas sociales y de las experiencias de su juventud. He aquí la manera cómo llegó a colaborar prácticamente con los anarquistas:

"En la cárcel conocí a Fedosey Zuberov, un anarquista muy popular que gozaba de ascendente entre los trabajadores. Después de nuestra liberación nos encontramos un día en la calle por casualidad. Zuberov me exhortó a colaborar con él. Había escuchado mi insignificante discurso en el incidente de la fábrica y opinaba que por mi manera de pensar estaba más cerca del ala radical del movimiento obrero. Yo era todavía un niño; la confianza que un luchador experimentado me ofrecía me llenó de orgullo y acepté la mano que se me tendía."

"Poco después —continuó Radowitzky— Zuberov fue detenido de nuevo. En la cárcel lo maltrataron mientras preparaban su deportación a Siberia. Pero no hubo tal deportación. Mi compañero adoptó una resolución heroica. A pesar de ser un luchador activo, endurecido en los sufrimientos de la lucha social, poseía un corazón sensitivo y obstinado. La degradación de su persona, de su ser humano, por los verdugos brutales del zarismo, le fue insoportable. No quería conceder al estado autócrata el derecho de tratarlo como un carnicero trata a un animal en el matadero. Su divisa era: "mejor muerto que esclavo". Impelido por estas consideraciones, Zuberov se suicidó, "Un animal —me dijo un día —no puede quitarse la vida por su propia decisión. Este es un privilegio del hombre." Zuberov actuó de acuerdo con tal convicción."

La muerte de su mejor amigo causó una profunda impresión en el joven Radowitzky. Se sentía más y más atraído hacia un ideal que engendraba en sus defensores una fuerza, una abnegación tan extraordinaria que estaba más allá de su propia existencia. Desde entonces, su conducta y su trayectoria fueron inalterablemente trazadas; algunos años más tarde encontrándose ya en el nuevo continente y en un momento trágico de su vida, Radowitzky puso en práctica el ejemplo de Zuberov. No tuvo éxito. Tratándose de un hecho de mucha trascendencia y que fue, a la vez, el origen de su calvario, más adelante hablaremos extensamente sobre dicho episodio.

Un año más tarde estalló en Rusia la revolución de 1905. Todo el país fue sacudido por el movimiento político y social, En aquel mismo año nació lo que hoy se conoce con el nombre de Soviet. En sus orígenes, el Soviet no fue otra cosa que un consejo obrero. Se formaron soviets en todas las fábricas y localidades. Estos órganos revolucionarios no estaban, de ninguna manera, identificados con los bolcheviques, Los soviets tuvieron un origen puramente popular y ellos no son responsables de que un partido determinado los convirtiera y degenerara en un órgano dictatorial. Los Soviets eran juntas de trabajadores, surgidas espontáneamente por iniciativa del pueblo en un momento crítico de su historia nacional. Se formaron pues, soviets en Yekaterínoslav, donde vivía el joven Radowitzky. En aquella época, Simón trabajaba en la fábrica Brandskizi Zawot y al formarse el soviet de la empresa formó parte de éste, el cual a su vez tenía federados a soviets de otras localidades.

Después de la derrota de la revolución de 1905, la reacción, levantando victoriosa y airadamente la cabeza, comenzó por exterminar las muy escasas libertades de que gozaba, logradas a fuerza de grandes sacrificios. De nuevo imperaba la soldadesca en toda la extensa región de las Rusias y la voluntad del sable era ley. Simón no fue detenido en seguida. Pero su temperamento sensible sufrió mucho bajo la insoportable arrogancia y el despotismo de los vencedores militaristas. En aquel entonces estaba decidido a no tolerar provocación alguna y las provocaciones, las injusticias y los crímenes oficiales no eran pocos en aquella etapa reaccionaria.

Cierto día Radowitzky se topó con un soldado borracho que provocaba con insultos soeces a la gente pacífica ante un expendio de vodka. Era en pleno mediodía y Simón, decididamente, se acercó al soldado ebrio y le quitó la pistola y el sable, de los que hacía alarde. Logró escapar con las armas antes de que llegara la fuerza policíaca, entregándolas al comité revolucionario de su fábrica. Algunos días más tarde fue denunciado como autor del hecho antes mencionado y detenido. Lo condenaron a tres años de deportación en Arcangelsk. Permaneció preso durante seis meses en la cárcel de Yekaterinoslav. Tomando en consideración su ya incipiente juventud —sólo tenía 16 años— su padre obtuvo la libertad.

El 9 de enero de 1906 es un día negro en la historia de Rusia, conocido como el "domingo sangriento". Puede decirse sin hipérbole que esta fecha señala el principio del fin del zarismo, el cual no se rehizo del odio que sembró la matanza de obreros. El cura ortodoxo Gapón organizó en dicha fecha, en las calles de Petersburgo, una manifestación bajo el signo de la cruz. Engañados por traidores emboscados, muchos obreros siguieron de buena fe a la manifestación, esperando que el "padrecito zar" daría su benevolente auditoría a las súplicas de sus súbditos. Por el contrario, cuando más confiadas desfilaban las multitudes de los tajadores, el zar ordenó una terrible matanza contra quienes invocaban un poco más de pan, de justicia y libertad sin armas y con pacíficas intenciones frente al Palacio imperial.

Un grito de indignación ante tan espantosa brutalidad se levantó en el mundo entero. La humanidad civilizada manifestó su solidaridad con las víctimas y protestó airadamente contra los métodos de violencia criminal empleados por el despotismo ruso. Todo el mundo liberal censuró tales procedimientos. Hubo actos de protesta en muchas ciudades de Rusia. En Yekaterinoslav no era fácil lograr que los trabajadores se sumaran a una acción colectiva. El terror a nuevas represiones había paralizado de momento su capacidad de lucha. Pero el joven Radowitzky no incluía el vocablo miedo en su lenguaje. Toda su alma vibraba en el deseo de lograr una acción de conjunto para mostrar a los déspotas lo que puede un pueblo cuando anhela de verdad la libertad.

"Mi pensamiento se dirigía —contaba Simón al referirse a aquellos acontecimientos— a un solo objetivo: lograr que los trabajadores se unieran para manifestar su protesta contra la brutalidad del régimen. Y ya que las multitudes, en aquel momento, no tenían iniciativa propia, el empuje debería provenir de individuos audaces. Yo me sentía con la fuerza necesaria para dar el primer impulso. Tuve una decisión rápida; procurándome una pistola, entré en el local de calderas de la fábrica Brandski Zawot, donde trabajaba, obligando al fogonero a tocar la sirena. Esta era la señal

convenida para iniciar una huelga. Mis cálculos tuvieron éxito: muchos trabajadores que esperaban esta señal, abandonaron la fábrica y formando columnas cerradas iniciaron una manifestación. Pronto fueron imitados por los trabajadores de otras fábricas que, a su vez, declararon la huelga general y se unieron a las columnas de manifestantes. Fue algo verdaderamente imponente. De esta manera se logró que los trabajadores de Yekaterinoslav también manifestaran su protesta contra el asesinato de sus hermanos en Petersburgo,"

La policía se dedicó febrilmente a perseguir a los iniciadores de este hecho. y a fin de cuentas. llegó a enterarse de que el verdadero héroe de la jornada había sido Radowitzky. La detención del joven revolucionario era inminente. Sus familiares se conjuraron para alejarlo de Rusia. Sus propios compañeros decidieron que, por lo menos durante cierto tiempo, era necesario que se alejara del lugar. Simón cedió al apremio de tantas insistencias y decidió salir para el extranjero. Sin grandes dificultades logró internarse en la provincia de Galitzia, antigua Austria. Por lo menos en dicho lugar no llegaba la garra de los esbirros zaristas.

Pero la lucha social no tenía fronteras geográficas ni límites ideológicos para el revolucionario desterrado. Muy pronto se había de encontrar implicado en las acciones sociales en su nueva patria adoptiva, no por gusto, sino por la fuerza de las circunstancias.

En el distrito de la Alta Silesia, Alemania. se declaró una huelga general entre los mineros. Agentes alemanes buscaron esquiroles. en Lemberg, lugar donde residía Simón Radowitzky. Un grupo de revolucionarios rusos, refugiados, decidieron dejarse reclutar con la intención de sabotear el trabajo y, de esta manera, ayudar a los huelguistas del otro lado de la frontera. En este grupo figuraba Simón.

Los reclutados no pudieron realizar sus planes de la manera que lo tenían calculado. Al llegar a la estación de Kattowitz fueron recibidos por los trabajadores en huelga. Los extranjeros fraternizaron con los huelguistas alemanes. Hubo vivas en pro de la solidaridad internacional de la case trabajadora. La policía intervino con la intención de detener a los extranjeros, pero éstos fueron protegidos por los huelguistas y los presuntos esquiroles pudieron salvarse,

No obstante, algunos días más tarde, Simón Radowitzky fue detenido por la policía alemana y deportado, trasponiendo la cercana frontera hacia su país natal, es decir, a Rusia. La policía fronteriza lo mandó a Varsovia, entonces ciudad rusa. Felizmente para él, no hubo informe policíaco alguno ni fichas de su persona. Por ello, la policía lo remitió a la tierra de su nacimiento, el pueblecito ucraniano de Stepanitz donde lo pusieron en libertad.

Stepanitz no era un lugar donde Simón pudiera encauzar su vida. Sin familiares, sin amigos, sin compañeros y sin trabajo, la estancia en aquel pueblecito le parecía un lugar de deportación. Al poco tiempo halló el medio de regresar a Yekaterinoslav, donde vivían sus padres y donde había desarrollado sus primeras actividades sociales. Pero la amenaza de una nueva detención pendía como una espada de Damocles sobre su destino. Su estancia allí se le hizo cada vez más difícil y peligrosa. Había pasado ya el límite de dieciséis años y estaba expuesto a ser deportado a Siberia, según las leyes del país y hasta a ser objeto de la pena capital. Sus familiares y compañeros de lucha le ayudaron a procurarle documentos falsos para poder salir

del país. Provisto de estos documentos se trasladó a Riga y allí logró embarcar en un vapor trasoceánico para la Argentina.

Mientras el barco se deslizaba balanceándose con el vaivén del oleaje, el joven luchador se sentía, por primera vez en su vida, al abrigo de toda persecución. Detrás, que daba la Rusia encadenada, donde una minoría aristocrática oprimía y explotaba cruelmente, sin escrúpulo alguno, a la gran mayoría del pueblo ruso, a la masa de trabajadores y campesinos. Ante él había una terra incognita, el continente occidental, con sus alabadas libertades y sus ilimitadas posibilidades. ¿Sería el nuevo país una especie de El Dorado donde encontraría el bienestar material o, por el contrario, le añadiría indomables energías para continuar la lucha al servicio del movimiento social, vivo en todos aquellos lugares donde las libertades se limitan y se explota al hombre?

La característica intuición del joven Simón no podía prever, entonces, qué sorpresas le reservaba esa especie de caja de Pandora que se llama la Argentina. No podía leer su destino en los astros: estaba grabado en su alma, donde los sentimientos de bondad y justicia para la humanidad serían invariables. La llama de su idealismo estaba en pleno fulgor. Sus naturales sentimientos altruistas y el afán de heroicas acciones determinaron su camino. En el nuevo continente se cumplió su más alta misión de protesta contra una injusticia. A Simón Radowitzky le esperaba aún por realizar el acto de heroica abnegación que había de conmover a la opinión pública internacional y por el cual tuvo que padecer y soportar los más duros sacrificios que el destino reserva al ser humano.

II LA TRAGEDIA SOCIAL Y LA ACCION INDIVIDUAL

Al comienzo de nuestro siglo la Argentina experimentó un desarrollo económico acelerado. Campesinos y trabajadores tenaces sembraron trigo en las vastas pampas, y audaces gauchos cuidaban los innumerables rebaños de reses que habían de ser la base de la riqueza nacional. La química y la técnica encontraron nuevos métodos para conservar en buen estado víveres de fácil descomposición. Esto daba al país la posibilidad de exportar sus abundantes productos agropecuarios, particularmente su trigo y su carne.

Industrialmente también hizo grandes progresos la Argentina. Se pusieron en circulación capitales inmensos para la industrialización del país. Gracias a una ininterrumpida corriente de inmigrantes de España, Italia, Alemania y otros países europeos, se produjo en Buenos Aires una contratación de obreros profesionales de gran capacidad y rendimiento. Se crearon nuevas industrias, y, en poco tiempo, la Argentina se colocó a la cabeza de los países de la América Latina. Fue así como la República del Plata llegó ser considerada como el segundo país del continente americano de mayor porvenir, convirtiéndose en el centro de un siempre creciente número de inmigrantes del mundo entero.

Con el desarrollo económico surgieron, al mismo tiempo, las condiciones propicias para un movimiento obrero de concepción moderna. En el terreno cultural, Argentina se hallaba influida por España; ideológicamente por todos los países latinos de Europa y muy especialmente por Francia. A la vuelta del siglo hubo en España e Italia marcadas tendencias anarquistas dentro del movimiento obrero, las cuales encontraron eco en la Argentina y otros países latinoamericanos; tanto por la coincidencia del temperamento latino similar al de la Europa romanizada, como porque la ideología libertaria podía apoyarse en las tradiciones liberales por las que se luchó en las guerras de independencia, al comienzo del siglo pasado. Intelectuales de renombre profesaban la ideología libertaria. Obreros, estudiantes y artistas tenían la esperanza de que la sociedad podía regenerarse a impulso de una acción incesante, a base de los principios de libertad política y justicia social.

Los anarquistas de la Argentina tenían en el diario *La Protesta* una tribuna para la divulgación de sus ideas y en la Federación Obrera Regional Argentina — conocida bajo la abreviatura de F.O.R.A.—una organización combativa, a la cual se

afilió la mayoría de los trabajadores progresistas del país. La labor inmediata de la F.O.R.A. consistía en la defensa de los intereses morales y materiales de los explotados, y como meta final la organización de los trabajadores en sociedades productivas y de cooperación que en el curso del tiempo sustituyeran al régimen capitalista; también preconizaba la formación de federaciones de comunas libres de tipo federativo con que reemplazar al estado nacionalista. Los sindicatos de la F.O.R.A. mantenían una unión viva y dinámica que tenía en vilo a las fuerzas retardatarias del país. Numerosos trabajadores y elementos de todas las clases social creían firmemente que estos ideales podían realizarse y que las ideas libertarias lograrían así su victoria, par. el bien de la humanidad.

Como opositores a elite estado de efervescencia social los defensores de la sociedad capitalista consideraron que el movimiento obrero libertario representaba un peligro para su propia existencia. El anarquismo fue declarado antisocial y perseguido el movimiento obrero, mientras los órganos del Estado empleaban todos los medios coercitivos a su alcance para silenciarlo. Los hombres de gobierno de la Argentina habían olvidado, al parecer, las palabras que el gran Sarmiento había dirigido a los representantes del absolutismo: "¡Tiranos! ¡Las ideas no se matan!" Es característica de los estadistas pensar que el progreso social y el avance del proletariado se pueden detener y aniquilar con la violencia como táctica, usando la maquinaria policíaca estatal.

Por otro lado, el movimiento anarquista estaba inspirado por un anhelo que también se mostraba vivo en el movimiento obrero de Europa, al final del siglo pasado y comienzos del actual: el quebrantamiento de las clases dominantes y del poderío del Estado. Determinados éxitos alentaban un optimismo comprensible en un país como la Argentina formado por una población poco densa, una naturaleza pródiga y fructífera y donde el hombre tenía muchas posibilidades a su alcance sin necesidad de grandes esfuerzos.

Pero los iniciadores o precursores de las nuevas concepciones sociales sabían que la lucha sería dura frente a la fuerza de los defensores de lo viejo, de los intereses creados. Tenían gran confianza en sí mismos y se enfrentaban con valor en la desigual lucha. Creían contar con una gran base de apoyo, puesto que se veían secundados por las multitudes trabajadoras que respaldaban su actuación en la propia constitución liberal de la Argentina, que garantizaba la libertad de palabra de libre organización y el derecho de huelga. Pero los grupos retardatarios vinculados en el Estado pensaban de muy diferente manera y muy pronto la nación se vio dividida en dos campos: el que defendía el poder y sus privilegios y el que trataba de mejorar la condición social de las clases desheredadas y oprimidas.

Tal era la situación política de la Argentina cuando Simón Radowitzky, con diecisiete años de edad, llegó —en el mes de marzo de 1908— a la gran Buenos Aires. Es indudable que el joven inmigrante no traía "el bastón de mariscal en su mochila", pero disponía de una viva inteligencia y un corazón sensible. Después de unos cortos viajes por ciudades de la provincia, encontró trabajo en el taller mecánico Zamboni de la capital bonaerense. En el curso de un año había aprendido pasablemente la lengua del país, adhiriéndose al sindicato de su profesión, frecuentando las asambleas y mitines y leyendo La Protesta. Las ideas libertarias, que le eran familiares ya en Rusia, renacieron en la Argentina nuevos impulsos, aumentando su pasión por la lucha social. Demasiado joven y sin experiencia ni

conocimientos en el país, Radowitzky pasó a engrosar, como cualquier otro miembro anónimo la masa del movimiento obrero argentino. No obstante, siguió con un interés siempre creciente los acontecimientos que se sucedían y en todo momento se mostró solidario con sus compañeros. Su temperamento impulsivo reaccionaba contra las injusticias sociales y su inclinación natural para la acción individual, que lo caracterizó desde la niñez, lo predestinaban a ser el ejecutor de un acto que le colocó en el centro de la lucha social y, durante cierto tiempo, en el eje de la efervescencia nacional y extranjera.

El antagonismo entre obreros y patronos culminaba frecuentemente en conflictos sociales. Como es natural, el gobierno se ponía al lado de los segundos y en contra de los primeros, sobrepasando los límites legales, prudentes y hasta humanos. Algunas semanas antes del 1º de mayo de 1909, las organizaciones obreras de Buenos Aires preparaban una manifestación para conmemorar, como ya se había hecho en años anteriores, a los mártires de Chicago y reivindicar la jornada de ocho horas. Tales manifestaciones no tenían nada de extraordinario y habían sido celebradas en fechas anteriores sin que hubiesen ocurrido disturbios dignos de mención.

En esta ocasión, el jefe de la policía de Buenos Aires, coronel Ramón Falcón adoptó una actitud draconiana y no quiso otorgar permiso para manifestación alguna. Los obreros no se dejaron intimidar basándose, como antes se ha dicho, en las leyes que permitían la libertad de expresar sus ideas. La intención del jefe de la policía, fiel instrumento de la plutocracia argentina, era emplear todos los recursos a su alcance para oprimir a las organizaciones obreras, en general, y exterminar el movimiento anarquista, en particular. El gobierno esperaba que la energía, la falta de consideración y el carácter despótico del coronel Falcón rindiera sus frutos. Al llegar la fecha del 19 de mayo los obreros se preparaban para la manifestación. Cada sector había escogido un lugar de reunión distinto: los socialistas se agrupaban en la plaza de la Constitución; los anarquistas en la plaza Lorea, donde, a poco, se congregaban 30,000 personas. Al mismo tiempo, el coronel Falcón llegaba con sus fuerzas para reprimir la acción de los manifestantes. Algunos tranvías que circulaban por los alrededores fueron detenidos por los obreros con el fin de que secundaran el día del trabajo y los conductores abandonaron los vehículos. Este fue el primer acontecimiento que irritó el espíritu autoritario del coronelito, quien no podía tolerar que se desobedecieran sus órdenes. Por otra parte, la pugna para que el 19 de mayo fuese celebrado unánimemente por todos los trabajadores se manifestaba en todas las grandes capitales del mundo.

Poco después, una columna de mil personas aparecía por una calle lateral para unirse al grueso de los manifestantes. Enarbolaban banderas rojas y entonaban canciones revolucionarias. A la vista de la bandera roja, el coronel Falcón, siguiendo su planes provocativos, preconcebidos, llenó de furia, como un toro ante un capote de toreo, y dio la orden de arresto contra un militante conocido en el movimiento obrero y que iba al frente de la manifestación. El jefe de la policía tenía bastante experiencia como tal y no ignoraba que la detención de un militante destacado, en una manifestación de miles de trabajadores, era un acto de incitación a la violencia. Pero con ello quería demostrar a los obreros que el poderío policíaco predominaba por encima de la voluntad del pueblo trabajador.

Ante el desmán de la autoridad los manifestantes formaron un círculo alrededor del compañero para impedir la detención. Al pronto sonó un disparo. Nadie resultó herido ni se supo de donde había partido como si el coronel Falcón esperara este hecho para justificar su orden cargar contra los manifestantes lo cual realizó con gran lujo de fuerza. La multitud asustada y sin armas corrió en todas direcciones. El saldo de esta brutalidad. rondó ocho muertos y cuarenta heridos.

El joven Radowitzky, que había participado en la manifestación de la plaza Lorea, recordó, por asociación de ideas las manifestaciones callejeras que los cosacos del zar disolvían a sable descubierto en las calles de Yekaterinoslav. Lo ocurrido le daba ocasión de comparar los procedimientos que empleaba la autocracia rusa con los que usaba la oligarquía argentina. Los nombres y los pueblos eran diferentes, pero los métodos de gobernar, al menos en este caso concreto, parecían ser los mismos, el despotismo y la crueldad imperaban en ambos lugares siempre que se trataba de aplastar al trabajador.

La matanza causó una indignación profunda en la población trabajadora, no sólo de Argentina sino de todos los países. Como protesta contra la inicua matanza de sus hermanos, los sindicatos declararon la huelga general. El 3 de mayo el paro fue total en la Argentina. Buenos Aires parecía una ciudad de luto. No trabajaba en fábricas y talleres, el puerto estaba paralizado, las tiendas y comercios habían cerrado sus puertas las escuelas no funcionaban, los teatros suspendieron sus funciones, se había paralizado el transporte en la ciudad, la basura no fue recogida y hasta los funcionarios oficiales participaron en la acción de protesta contra la brutalidad policíaca.

La huelga se extendió rápidamente por todo el país. En las grandes y pequeña ciudad el trabajo se paralizó automáticamente. Tal movimiento de protesta fue una de las mayores acciones sociales de la clase trabajadora en la historia de la Argentina. La huelga duraba ya una semana. El gobierno, mientras tanto, no permanecía inactivo. Había efectuado muchas detenciones, proclamó el estado de guerra en toda la nación y concentraron gran número de fuerzas militares en la capital: tres regimientos de artillería, otros tanto de caballería, seis batallones de infantería, dos de tropas de ingeniería, así como 1500 cadetes de la Escuela de Tiro. Fue clausurado el periódico La Protesta y prohibido el periódico socialista La Vanguardia. Los locales de 10 sindicatos fueron también clausurados y prohibidas la a asamblea y reuniones de los obreros.

El 4 de mayo se celebró el entierro de las víctimas propiciadas por la brutalidad del coronel Falcón. El jefe de la policía, que a pesar d tamaño crimen continuaba en su puesto, no desistió de su actitud ni ante la muerte y prohibió la participación de la masa obrera en las ceremonias mortuorias. El pueblo no hizo caso de tan ominosa orden y acudió en masa a la inhumación de los caídos. No menos de 10,000 personas hicieron acto de presencia al entierro. Pero al mismo tiempo llegaba también el coronel Falcón, con algunas de sus fuerzas, seguramente con ansias de repetir su hazaña del 1° de mayo. La serenidad de los obreros hizo fracasar esta vez sus intentos de provocación. No obstante, efectuó algunas detenciones. Los obreros no se dejaron intimidar por las provocaciones y organizaron varios actos públicos a pesar de la prohibición gubernamental. La huelga se transformó en una acción general del pueblo. La paralización de los medios de transporte causó una crisis en el abastecimiento. Los sindicatos reclamaron la destitución de Falcón, la libertad de

prensa, la abertura de los sindicatos, así como inmediata liberación de todos los detenidos durante los días de huelga.

Finalmente, el gobierno argentino cedió en parte: liberó los presos, retiró la fuerza policíaca que ocupaba periódicos obreros y permitió a los sindicatos su legal funcionamiento. Estos, a su vez, declararon finalizada la huelga y los obreros regresaron a sus lugares de trabajo. tal forma ni hubo vencedores ni vencidos. Pero en un punto esencial no quiso ceder el gobierno: en ello iba de por medio el llamado principio de autoridad la destitución del coronel Falcón. Era éste un fiel servidor de la plutocracia argentina y el gobierno no quería renunciar a sus servicios, ni ceder por completo a las demandas del pueblo y así demostrar que el prestigio de la autoridad daba a salvo. Es así como el esbirro Ramón Falcón siguió gozando la confianza del gobierno, aunque el pueblo lo consideraba como un "perro rabioso". Convencido de su poder Falcón se valió de todos los recursos para restringir las actividades de los trabajadores organizados y controlar la inmigración extranjera, Según su criterio el poder público no debía emanar del pueblo, sino de la policía y del ejército, y había que confiar a estas dos instituciones la misión civilizadora" que, en su caso, era la de proteger el capitalismo y descabezar el movimiento obrero. Por su parte, las organizaciones obreras salieron fortalecidas de esta prueba. La fuerza de su ideología no había sufrido ningún desprestigio; por el contrario, los sindicatos estaban repletos de militantes entusiastas, dispuestos a defender la libertad en todo momento y lugar y preparados para la realización del socialismo libertario.

Argentina se hallaba por entonces, a la vez, en un período de efervescencia política y nacionalista. Con motivo de cumplirse el centenario de la Independencia se prepararon grandes fiestas conmemorativas. El Movimiento Libertario declaró que los obreros no participarían en tales festejos por considerarlos una burla a la libertad y a la Independencia, mientras el pueblo trabajador no las disfrutara en la realidad se gobernaba con métodos de violencia, haciendo ilusorias la libertad y la justicia social.

Tal era la atmósfera política y social en la segunda parte del año 1909. El joven inmigrante ruso, nuestro Radowitzky, tenía la impresión de que el ambiente oficial no era muy diferente del que reinaba en su país de origen. Pertenecía a aquella generación de revolucionarios que se habían desarrollado en una lucha continua contra la policía zarista. Por mucho que lo meditara no hallaba diferencia alguna entre los métodos empleados por el jefe de la policía de Buenos Aires y los que empleaban los cosacos de Rusia. Es así que maduró en su mente de revolucionario solitario la idea de vengar a sus hermanos dando fin a la existencia del autor de la matanza del 1° de mayo.

Y así fue, El 14 de noviembre los periódicos matutinos de Buenos Aires publicaron una carta del jefe de policía Falcón dirigida al ministro de la Gobernación y, en ella, el *Scarpia* argentino proponía una serie de medidas que consideraba indispensables para destruir el foco del movimiento obrero radical y restablecer el orden y la tranquilidad en el país, tal como el lo concebía, o sea anulando todas las libertades conquistadas por las clases populares a través de lucha cruentas incesantes.

Algunas horas más tarde, los periódicos vespertinos comunicaron la noticia sensacional: Falcón había sido asesinado. El autor del atentado era un joven inmigrante de origen ruso, de 18 años de edad. Su nombre: Simón Radowitzky.

La noticia de la muerte del jefe de la policía de Buenos Aires se extendió rápidamente por todo el país. El gobierno estaba consternado, mientras los obreros y el pueblo en general no ocultaban su satisfacción. El hombre de la calle consideró, fríamente, que el asesinato de obreros del 1° de mayo había recibido su merecido. El autor del atentado no era más que el brazo ejecutor de la justicia vengadora, cuya acción era esperada y deseada por la gran mayoría del pueblo argentino.

Las investigaciones subsiguientes demostraron que el acto no obedecía a un complot premeditado y que, tanto la preparación como la ejecución del atentado eran obra completamente personal de Simón Radowitzky. Iniciado desde niño en la práctica de la llamada "ciencia revolucionaria" sabía como se fabricaba y manejaba una bomba. Fue por ello que pudo realizar su propósito sin ayuda de nadie. Y fabricó la bomba en el propio taller Zamboni, donde trabajaba como ayudante. Se había procurado también una pistola y con estas dos armas el joven de 18 años siguió los pasos del coronel Falcón en busca de la oportunidad propicia para ejecutar sus planes de liberar a los trabajadores de su más sañudo enemigo.

El entierro del director de la Cárcel Nacional de Buenos Aires fue la ocasión elegida para ejecutar su acción. El jefe de la policía bonaerense asistía a los funerales de su fallecido amigo en un coche tirado por caballos, acompañado de su ayudante, Alberto Lartigau. Al regresar del cementerio y cuando llegaba a una esquina, Radowitzky, que lo esperaba, lanzó la bomba contra el vehículo. Eran exactamente las 12 horas y 2 minutos. Momentos más tarde falleció el coronel Ramón Falcón y pocas horas después era seguido por su ayudante Lartigau.

Una vez lanzada la bomba contra el carruaje, el autor quiso escapar, pero fue inmediatamente detenido. No queriendo caer con vida en manos de sus perseguidores intentó suicidarse con la pistola que llevaba; debido a la nerviosidad dirigió el tiro hacia el lado derecho del pecho, la herida no fue mortal. Conducido al depósito de la policía, el joven se negó a hacer declaración alguna. Ni siquiera quiso dar su nombre, pero la publicación de su retrato facilitó su identificación. Ante el tribunal de justicia Simón Radowitzky declaró que nadie tenía conocimiento de su propósito y que su acto era enteramente obra personal, aceptando toda la responsabilidad que de él se pudiera derivar. No era conocido en el movimiento anarquista argentino. Se trataba de un individuo que actuaba por su propia iniciativa, guiado únicamente por sus ideales y sentimientos.

Durante el interrogatorio y las declaraciones Radowitzky mostró, a la par que una gran entereza, que era una persona sensible, dotada de un profundo sentido humanitario. Su acto no obedecía a causas vulgares y mezquinas. No era la envidia, el egoísmo, ni ningún sentimiento vil lo que guió su mano homicida. Su acción tenía como único origen la conciencia de la justicia social aplicada por motu proprio: la alta finalidad de liberar a sus compañeros de clase de una alimaña dañina. Para explicar los motivos de su acto, Simón Radowitzky declaró entonces:

"Maté. porque en la manifestación del 1° de mayo. el coronel Falcón, al frente de los cosacos argentinos dirigió la masacre contra los trabajadores. Soy hijo del pueblo trabajador hermano de los que cayeron en la lucha contra la burguesía y. como la de todos los demás. mi alma sufría por el suplicio de los que murieron aquella tarde. Realicé dicho acto solamente por

creer en el advenimiento de un porvenir más libre, más bueno, para la humanidad."

El tribunal no podía condenar a la pena capital en razón de que solamente tenía 18 años de edad. Los jueces optaron por una sentencia de tiempo indefinido, con reclusión celular de 20 años. En rigor, era una condena a cadena perpetua y esta vez sí, esta vez la vez la vida del joven luchador había llegado a una fase decisiva: la libertad, la tan anhelada libertad, se desvanecía ante él como un sueño imposible.

Inmediatamente después del atentado, el gobierno proclamó el estado de guerra en todo el país. Fue clausurado el diario La Protesta y el periódico socialista La Vanguardia, y fingiendo sospechar que el atentado obedecía a una vasta conspiración, el gobierno ordenó, además de la clausura de los sindicatos la detención de un gran número de anarquistas conocidos, a pesar de saber que dicho acto fue cometido por un elemento solitario.

Los funerales del coronel Falcón y su ayudante fueron organizados con gran pompa, pero la concurrencia fue puramente oficial, pues no hubo asistencia popular alguna ni siquiera la burguesía quiso participar en el entierro del verdugo.

El estado de sitio se mantuvo durante dos meses, en medio de una dura represión contra los anarquistas y los elementos obreros, siendo restablecida la normalidad el 14 de enero de 1910. La esperanza del gobierno argentino de haber destruido el movimiento obrero radical con medidas de violencia había resultado un fracaso. Los trabajadores organizados salieron de esta prueba más vigorosos que nunca. La Protesta aumentó su tiraje, comenzaron a editarse nuevas publicaciones gremiales y la F. O. R. A. y las organizaciones libertarias sindicales gozaron de gran popularidad dentro de las masas obreras argentinas. Un año después del 1° de mayo sangriento, los obreros habían conquistado de nuevo el derecho de manifestarse pacíficamente por las calles y plazas de Buenos Aires.

Muy poco tiempo después y con motivo del centenario de la Independencia, exactamente el 8 de mayo de 1910, diez días antes de las fiestas oficiales, los sindicatos anarco sindicalistas celebraron un gran acto en las calles de la capital, al que acudieron cerca de 60,000 personas. Los oradores anunciaron ante los manifestantes que estaban dispuestos a declarar la huelga general el mismo día de la celebración de la Independencia si el gobierno no liberaba a los presos sociales, otorgaba una amnistía para los perseguidos y no levantaba las nuevas leyes de residencia.

Tal decisión del movimiento obrero causó gran inquietud en los medios oficiales. Para prevenir sorpresas desagradables que deslucieran las fiestas del centenario el gobierno decidió, nuevamente, "cortar por lo sano", clausurando los locales sindicales, prohibiendo la prensa libertaria, encarcelando a todos los militantes conocidos y amenazando con drásticos castigos a toda persona que se atreviese a provocar disturbios durante los festivales. Fue así como se dio la paradoja de que las fiestas de la Independencia se celebraran sin el concurso del pueblo, con la supresión de la libertad y el encarcelamiento de los más auténticos defensores de la justicia y la independencia social.

Durante mucho tiempo la represión fue dura y sistemática. El movimiento obrero no estaba en condiciones para enfrentar se a una nueva contienda. En el curso de

más de un año las organizaciones no pudieron recuperarse del golpe recibido. Mientras tanto, el joven Radowitzky se encontraba preso en la cárcel de Buenos Aires en unión de otros militantes anarquistas. Sin esperanzas de poder lograr de una manera legal la liberación de todos ellos, los compañeros en libertad les prepararon una fuga. A tal fin se logró excavar un subterráneo desde fuera hasta el patio de la prisión. El 6 de enero de 1911 fue el día elegido para la fuga y entre ellos debería figurar Simón Radowitzky. Trece prisioneros lograron evadirse, pero no le tocó en suerte al joven luchador conquistar la libertad. El destino tenía preparado para él una larga cadena de sufrimientos.

La fuga de los presos tuvo como consecuencia que el gobierno decidiera mandar al joven preso a la penitenciaría más temida de la Argentina, uno de los lugares más terribles del mundo: Ushuaia, en la Tierra del Fuego. En este infierno, Simón Radowitzky debería cumplir una pena de veinte años de reclusión.

Y así fue. Lo mejor de la vida de un hombre transcurrió en esta cárcel y fueron tanto sus sufrimientos y penalidades que bien podemos afirmar que fue un mártir auténtico. Durante los largo años de su prisión se mostró, en todo momento, como un gran idealista, lleno de bondad y comprensión, dispuesto para las mejores acciones, solidario con sus compañeros, desprendido y generoso, sin posible comparación.

Con ello evidenció que no solamente era capaz de planear y ejecutar una acción osada, que requería valor y decisión; capaz de sacrificar su propia vida en aras de un mundo mejor y más libre ; sino que también albergaba en su alma una gran capacidad par soportar con dignidad y estoicismo los sufrimientos de Ushuaia. Es, tal vez, en la calidad de su corazón sensible y su espíritu abnegado en donde hay que buscar las razones que lo condujeren a utilizar la violencia, cuando toda la condición humana de Simón Radowitzky fue siempre expresión genuina de amor a la humanidad.

Esta condición de genuina bondad humana era en Radowitzky puramente activa, de indignación contra la injusticia. No hay que olvidar su procedencia y que le correspondió vivir en una época agitada y turbulenta de la cual estaba ya impregnada su alma antes de efectuar su traslado a la Argentina. En sus luchas, en sus sentimientos y en algo congénito representa y encarna toda una tradición revolucionaria de luchadores que tiene por marco la contienda a muerte contra el zarismo.

Por mi memoria, ya algo opacada por el curso del tiempo transcurrido, bullen aún dichos y hechos, figuras y sucesos representativos de aquellas magníficas gestas del pueblo ruso. Recordamos los actos heroicos realizados por los primeros impulsores de la revolución: los decembristas con sus luchas subterráneas; los hechos individuales de las vanguardias de choque, la agitación incesante de las multitudes, la actuación clandestina que abarcaba desde la redacción de una hoja revolucionaria hasta la ejecución de un atentado contra el zar; las enormes manifestaciones proletarias, invariablemente teñidas de sangre del pueblo; la insurgencia desafiando todos los peligros, día tras día y año tras año, de quien a todo trance quiere librarse de un enemigo, sobre todo, la inquebrantable actitud adoptada por los nihilistas, de renunciar a todo por dedicarse a la caza de tiranos, ¡con qué unción emolutiva, con qué esperanza penetraría en su alma de luchador incipiente, allá en su mocedad, la magnífica epopeya de los revolucionarios rusos!

Esta lucha implacable y dramática, esta lucha sangrienta y desigual, fue el marco en que se desarrolló la niñez de Radowitzky. Se impregnó de este ambiente, sufrió los infortunios de los de su clase, conoció la cárcel y el destierro, su carne fue traspasada por las balas zaristas...

¿Qué tiene de extraño y de anormal su reacción ante el desafuero, ante la brutalidad, ante el acto criminal, ante el asesinato colectivo provocado por el coronel Falcón? Toda su formación espiritual e ideológica, su conformación anímica y moral lo predisponían a que fuese el vengador de sus hermanos caídos. Su temperamento, su sensibilidad, su condición fisiológica propiciaban a que Radowitzky, herido en lo más íntimo, compenetrado del dolor de sus compañeros asesinados, se irguiera contra el odiado victimario y fuese el ejecutor de uno de los actos violentos que han reflejado con mayor intensidad y emoción el sentimiento colectivo de todo un pueblo y el cariño y aprecio de los trabajadores en general.

Ello también explica su limpia conducta moral durante sus veintiún años de cautiverio, su actitud heroica frente al despotismo de los carceleros, su ayuda perenne a sus compañeros de presidio, su predisposición al sacrificio para cualquier causa noble, su bondad inagotable y su entereza a toda prueba. Y es que Simón Radowitzky era un hombre; todo un hombre.



Simón Radowitzky en la cárcel

EL PRISIONERO Y EL HOMBRE

El proverbio que dice: "grandes sufrimientos hacen grandes hombres" puede aplicarse a Simón Radowitzky a quien la vida le había deparado una existencia saturada de amarguras y sinsabores. La grandeza moral no tiene porqué ir acompañada de vastos conocimientos, profunda sabiduría o de haber creado obras de éxito. Ante todo, se manifiesta en la conducta hacia nuestros semejantes, en las reacciones morales frente a los sufrimientos del prójimo, así como en los impulsos personales y la influencia que de ellos emanan. Es en el corazón del hombre donde se fraguan las bellas y nobles condiciones de nobleza de bondad y de humanismo, que por lo común radican en el sentimiento de lo heroico.

Radowitzky no era un hombre de ciencia ni autor de obras célebres. Carecía de conocimientos profundos. Ya hemos dicho que se trata de un trabajador. Pero en el círculo donde se había desarrollado, era un veterano. Si las palabras de Goethe: "Solamente en la propia limitación se descubre el maestro", se aplican a las aspiraciones humanas a la bondad a la generosidad de corazón, Simón Radowitzky era un excelente profesor. Un maestro, porque supo elevar sus ideales por encima de sus conocimientos, teniendo conciencia del alcance de unos y el límite de los otros dentro de sí mismo.

Habiendo tratado a Simón Radowitzky durante dos decenios puedo decir que la conducta hacia sus semejantes fue tan natural y sentida que puede calificarse de bondad personificada. Cuando lo conocí era ya adulto. Pero la Naturaleza, sin duda había trazado los rasgos de su carácter desde la cuna. Todos los testimonios coinciden en afirmar que la conducta que observó durante sus veintiún años de encarcelamiento fue intachable y ejemplar. Lo creemos así puesto que era un hombre dotado de un gran sentimiento de justicia. Su carácter no decaía nunca y menos cuando se trataba de defender el derecho, no solamente propio, sino también ajeno. Su verdadera naturaleza era amable, caritativa y solidaria, lo que daba a todos sus actos y hechos una nobleza incomparable.

Su estancia en Ushuaia fue, desde el primer momento, un ejemplo de estoicismo y valentía. Prácticamente estuvo siempre castigado a pan y agua en celdas de castigo situadas en subterráneos saturados de humedad y tan estrechas que no podía levantarse sin tocar el techo con la cabeza ni dormir como no fuera arrodillado o en cuclillas. Dos largas décadas de soportar tales infortunios y sufrimientos sin decaer jamás, creo que son la mejor prueba de su entereza moral. La firmeza y dignidad con que luchaba contra los guardianes y oficiales de la jerarquía administrativa de la

cárcel que abusaban de su poder, eran tan admirables que el conocimiento de su irreductible actitud llegaba hasta el propio Buenos Aires impresionando a propios y extraños. Su protesta no era siempre en defensa de su propia persona, sino, por lo general, en pro de los demás castigados. Su norma consistía en considerar que una injusticia cometida contra uno era una amenaza para todos. Fue así como "el mártir de Ushuaia" por la ejemplaridad de su conducta, llegó a ser, tanto entre los prisioneros como para el movimiento obrero argentino, un símbolo para la lucha por la justicia y la libertad.

Simón Radowitzky, en la soledad de su celda, día a día y mes tras mes, meditaba sobre la responsabilidad que su acto le había impuesto. En sí mismo y en las relaciones con los demás hombres tenía una obligación moral: la de actuar de acuerdo con sus convicciones, la de evidenciar que el acto por él ejecutado tenía raíces morales. Un asesino vulgar, que mata por pasión o codicia, puede arrepentirse de su crimen, por conveniencia, o bien para acallar su conciencia. Pero el que mata por motivos sociales, para hacer justicia a compañeros que son avasallados y asesinados por causa de la arbitrariedad de algún déspota que abusa de su poder político, no puede reprocharse su actuación sin renunciar, al mismo tiempo, a sus principios o ideas sociales. En este caso, arrepentirse hubiera significado traicionar aquellas ideas o sentimientos que lo habían alimentado desde la infancia. No importa el lugar donde estuviera y con mayor razón en la cárcel, su conducta sería siempre la de un verdadero militante libertario, firme en sus convicciones, digno en su conducta, ejemplo de solidaridad entre los hombres.

En un fragmento de una carta que logró mandar a un amigo de Buenos Aires, decía:

"Pronto hará once años que estoy en el presidio, y te puedo asegurar que no tengo el menor remordimiento; jamás hice ningún mal conscientemente a nadie. siempre he velado, mejor dicho, cuidado, de la dignidad que debe ser norma de los anarquistas y respecto a mi proceder con los compañeros del presidio jamás un anarquista podrá avergonzarse."

Si, por un momento, detenemos nuestra mirada en el retrato del prisionero comprobaremos que, efectivamente, es un hombre que no sabe mentir; más aún: es un fanático de la verdad. El óvalo armonioso de su rostro, ligeramente hundido en los pómulos, indica la constancia de sus propósitos; el mentón enérgico demuestra a un hombre de voluntad y constancia y los ojos fijos bajo las espesas cejas irradian pureza y bondad. Hasta las orejas, un poco distanciadas del cráneo, nos dan la impresión de querer interceptar el mundo exterior. El conjunto de su rostro demuestra un carácter de incorruptible rectitud. El número 303 (155) en su chaqueta de presidiario completa la figura de un hombre que sigue de frente su camino, sin desfigurarse ni recurrir a tapujo alguno.

Cuando Simón Radowitzky cumplió diez años de prisión la opinión pública argentina y aun la de otros países pidieron al gobierno la libertad del vengador de la matanza del 1° de mayo de 1909. El gobierno se negó rotundamente a satisfacer las demandas populares. Entonces, las organizaciones obreras decidieron buscar otro camino para libertar a su mártir. Uno de sus compañeros, Apolonio Barrera, preparó

la fuga del prisionero. Efectivamente, en noviembre de 1918, casi diez años después de cometido el atentado, Simón Radowitzky y su compañero Barrera consiguieron escapar en una lancha. logrando llegar hasta Chile. La noticia de su fuga fue acogida con gran alegría y entusiasmo por parte de todos los obrero y del pueblo argentino. Pero grande fue la decepción al mismo tiempo, cuando, unos días más tarde, se confirmó que las autoridades chilenas no habían admitido en la frontera a los fugitivos, entregándolos nuevamente a los alguaciles de Ushuaia, no sin antes humillar y atormentar a Radowitzky amarrándolo al palo de un buque y permitiendo que algunos desalmados se mofaran de su desdicha.

Incorporado de nuevo al antro infernal de la Tierra del Fuego, tiempo después se hizo un segundo ensayo para lograr libertar a Simón por medio de la fuga. Los detalles de esta segunda tentativa son extraordinarios: un compañero anarquista solicitó y le fue con dido un puesto como guardián en la cárcel de Ushuaia, con el único fin de facilitar la huida del prisionero. El plan fracasó*.

Los diferentes ensayos para liberar a Simón Radowitzky por medio de la fuga fracasaron una y otra vez. Al fin, se decidió concentrar toda la iniciativas y actividades en una intensa campaña pública para obtener su amnistía legal. Toda la prensa anarquista y obrera, así como la prensa liberal del país, particularmente el gran diario Crítica, no cejaron en su empeño de reivindicar y reclamar la liberación del mártir de Ushuaia. Cabe destacar, entre la infinidad de personas que dedicaron su esfuerzo a la labor de lograr la liberación de Radowitzky, a la señora Salvadora Medina de Botana esposa del director propietario de Crítica, la cual, sin ser adicta a las ideas anarquistas, puede decirse que se impuso como misión personal de su trabajo conseguir la amnistía de Radowitzky. Escribía artículos, redactaba cartas a toda clase de personas y organismos del país y del extranjero, visitaba elementos de influencia política, hablaba en reuniones y mítines y fue tenaz e incansable durante toda la campaña.

Al fin el éxito coronó el esfuerzo. Por aquel entonces era presidente de la Argentina Hipólito Irigoyen. La señora Salvadora Medina obtuvo una audiencia y rogó al presidente que, haciendo uso de un derecho constitucional, promulgara la amnistía de Simón Radowitzky. El presidente consintió la demanda y durante el año de 1930 el autor del atentado contra el coronel Falcón, Simón Radowitzky, obtuvo la liberación legal, después de haber estado prisionero cerca de veintiún años. ¹

La amnistía estaba condicionada a la expulsión de Simón Radowitzky de la Argentina. No era dable suponer que el hombre de 40 años, que había pasado más de la mitad de su vida en una de las más espantosas penitenciarías del mundo y que había llegado a una especie de estado puro del alma actuaría en el futuro con el mismo impulso inicial. Pero las reglas policíacas tienen su inalterable trayectoria y una de éstas consiste en expulsar a condenados de nacionalidad extranjera.

En Uruguay pasó varios años de su vida y sobre esa etapa de Simón ha escrito Luce Fabbri sus impresiones llenas de calor y amor femenino, las cuales publicamos junto con otros escritos relacionados con Radowitzky, en los apéndices de este trabajo. Durante cierto tiempo, Radowitzky, se refugió en el Brasil debido a que se implantó una dictadura en Uruguay, residiendo en Sao Paulo, donde hizo nuevas y

* Remitimos al lector al artículo de Arango donde el supuesto guardián relata lo sucedido en la carta dirigida al editor de La Protesta.

fieles amistades. Una vez terminada la fase dictatorial volvió nuevamente a Montevideo, y allí vivió y luchó hasta que estalló la guerra civil en España; sobre este período de su vida publicamos un emotivo e interesante artículo de Federica Montseny.

Simón Radowitzky fue uno de los primeros voluntarios que en 1936 hizo el viaje a Europa para participar al lado de los republicanos, en la lucha contra el fascismo. Se alistó en una unidad militar en el frente de Aragón; pero la enfermedad que lo aquejaba herencia de sus veintiún años de encarcelamiento le impidió continuar en el frente de guerra. A su regreso a Barcelona lo destinaron al servicio informativo. En cuantos cargos desempeñó puso siempre su fervor, su entusiasmo y su abnegación al servicio de la liberación de España.

Después de la derrota de la República Española, Radowitzky se refugió en Francia, siguiendo el destino de los combatientes españoles trasladándose poco después a México. Y aquí vivió desde 1940 hasta su muerte, en 1956, siempre en estrecho contacto con sus compañeros de ideas libertarias; dedicado, especialmente en los primeros años de su estancia en el país, a la ayuda de los refugiados antifascistas. Hasta su muerte no dejó de prestar su colaboración a todos los perseguidos y a lo que de una u otra manera habían sido víctimas de la guerra y el fascismo. Aquellas facetas de su personalidad que lo habían caracterizado durante toda su vida se subrayaron al llegar a la madurez. Podríamos llamarlo "un santo laico", por esa aureola de bondad, tolerancia y comprensión con que cruzó por la vida. Su naturaleza era tal que, en cualquier ambiente y en cualquier medio, conquistaba a los demás por la simple exteriorización de su bondad. Simón Radowitzky fue un hombre fuera de lo común, al que podemos aplicar las palabras que la poetisa Hedwig Lachmann escribiera acerca de Gustavo Landauer:

*"No examinaba, porque no tenía alternativa,
estando seguro de su fuerza', no buscando recompensas,
sólo seguía la vocación de su corazón.
Sin pensar en las espinas y peligros,
dispuesto a soportar un destino riguroso.
no conocía otra meta y felicidad en la vida
que luchar por sus amadas ideas*

AUGUSTIN SOUCHY

Para videnciar los motivos que tuvo Simón Radowitzky para la ejecución de su acto, reproducimos dos artículos de los compañeros Santillán y uno de López Arango publicados en el suplemento de La Protesta, a pesar de haber tomado de ellos algunos apuntes por reflejar el ambiente en que se produjo dicho suceso.

EVOCACION DEL PRIMERO DE MAYO DEL 1909

Por D.A. de Santillán

Entre las páginas más inolvidables de la historia proletaria y revolucionaria de la Argentina, la manifestación anarquista del 1° de Mayo de 1909 en Buenos Aires ocupa un puesto especial, equivalente sólo a la de los acontecimientos de la Patagonia en los años 1920/21 o a la de la semana de Enero de 1919 en Buenos Aires.

Han pasado ya más de 18 años; las nuevas generaciones tal vez no tengan una idea concreta de aquella matanza memorable, que tuvo consecuencias tan trágicas; por eso creemos oportuno echar una ojeada retrospectiva a un episodio que nos trae a la memoria todos los días, con un vigor irresistible, la figura heroica de uno de nuestros hermanos de lucha: nos referimos a Simón Radowitzky. El recuerdo de Radowitzky en Ushuaia, como el de Wilckens atenaceaba nuestro espíritu; y el pensamiento del uno nos lleva sin quererlo al otro, porque la impresión memorable de los gestos magníficos de esos hombres justicieros y moralmente superiores, ocupan un puesto central en nuestro corazón y nuestra mente. Si nos faltase de repente la memoria de Radowitzky y de Wilckens experimentaríamos una dolorosa sensación de vacío, de aislamiento, de tinieblas. ¡Cuántas horas aciagas y cuantos sinsabores de una brega ingrata han sido y serán superados gracias al recuerdo luminoso del mártir de Tierra del Fuego y del heroico tolstoiano Kurt Wilckens!

La vida espiritual necesita sus símbolos. ¿Y qué mejor símbolo para un amante de la justicia y de la libertad que el nombre del que reparó el crimen del 1° de Mayo de 1909 o del que vengó el dolor inmenso de la tragedia patagónica?

El 1° de Mayo de 1909 fue para el proletariado de Buenos Aires una fecha de luto. El jefe de policía, coronel Ramón Falcón, se había venido distinguiendo desde hacía varios años por su antianarquismo morbosos, por sus provocaciones y represiones, por sus petulancias antiobreras y por sus pretensiones de acabar con la propaganda anarquista. Pocos hombres se habían hecho más odiosos para el proletariado que el coronel Ramón Falcón. Era tal su manera de proceder y era tal su sed de sangre anarquista que cuando nuestras organizaciones convocaban algún mitin o demostración, la Asistencia Pública se apresuraba a destacar de inmediato sus ambulancias para recoger los muertos y heridos. La policía provocaba y los anarquistas respondían esas provocaciones, siendo inevitables, mientras el coronel Falcón estuvo al frente de la policía de Buenos Aires, los choques sangrientos en todo acto público de los anarquistas.

El 1° de Mayo se esperaba, como en años anteriores, la provocación policial; pero eso impidió que la concurrencia a los actos realizados fuese grandiosa. Había, como casi siempre, dos manifestaciones: la de los socialistas, que se reunieron en la plaza Constitución, y la de los anarquistas, convocados en la plaza Lorea. Nuestro movimiento había entrado en un período ascendente y de ofensiva que fue interrumpido por el terror gubernativo de las fiestas del Centenario.

El coronel Falcón, irritado por la oposición que hacían los anarquistas a todos sus proyectos de mordaza, se dispuso a llevar un acto de represalia que aterrorizó a los anarquistas. Mientras nuestros compañeros acudían en las columnas seccionales al punto de cita, la plaza Lorea, el jefe de policía se complacía en pasar en automóvil delante de ellos provocándolos así descaradamente. Claro está. Esas arrogancias irritaron los ánimos y por dondequiera que aparecía el automóvil del coronel Falcón se producía una silbatina y se lanzaban al aire palabras nada gratas para el verdugo policial. En una comunicación al ministro del interior, fechada el 2 de Mayo, el propio Falcón dice que los testigos que presenciaron esas silbatinas, entre los que había representantes de la prensa, le aseguraron

“que había desordenes y provocaciones armadas en la columna, contra la autoridad, que era evidente el estado exaltado de los ánimos que revelaban los manifestantes”.

Fue pues, con toda premeditación que obró el jefe de policía al exhibirse y al concentrar sus fuerzas más fieles, la Guardia de Seguridad, contra los anarquistas. Y efectivamente. Mientras se formaba la columna en la plaza Lorea, unos minutos antes de la matanza, el coronel Falcón presenciaba, o mejor dicho, acechaba los movimientos de la presa codiciada.

El pretexto lo dio la llegada de una columna seccional formada en Triunvirato y Rio de Janeiro y en la plaza Once, un millar de personas, con sus banderas rojas al viento. Los gritos alegres de los manifestantes, los vivas a la anarquía resonaban jubilosos. Por el camino habían sido detenidos algunos tranvías que circulaban a pesar de la fecha conmemorada y se había obligado a los motoristas y guardas a abandonarlos. Al incorporarse en Av. de Mayo y Solís la columna procedente de plaza Once a la columna general de la grandiosa demostración, la policía quiso proceder a la detención de algunos obreros, de José Maza y otros. Era evidente que un acto semejante frente a treinta mil manifestantes no podía ocurrir sin resistencia y sin desórdenes. Y el hecho de haberlo intentado es una prueba evidente de la premeditación policial. Según el mismo Coronel Falcón, al ir a detener a Maza, el obrero Ricardo Nivelli hizo un disparo de revolver y esa fue la señal del tiroteo. La Guardia de Seguridad, a las órdenes del comandante Jolly Medrano, un apadrinado del jefe de policía. Cargó con sus caballos y disparando sus armas contra los manifestantes; algunos se dispersaron, otros hicieron frente a la provocación, La lucha fue violenta y duró algunos minutos; en el pavimento quedaron varios obreros muertos, recogiendo 8 agentes de policía y cerca de 40 manifestantes heridos. Amen de 5 caballos baleados.

Volvemos a transcribir otro fragmento de la mencionada carta del Coronel Falcón al Ministro del Interior:

“Debo agregar, Excmo. Señor, que el estado de efervescencia era tal que no sólo el grupo que venía por el lado del oeste ha cometido un sinnúmero de excesos, sino también la mayoría de los incorporados a la columna, principalmente los de Barracas, que en todo el trayecto dirigían insultos soeces a la policía y a los particulares, llegando a sus excesos a destruir a pedradas los vidrios de los tranvías y escaparates de las casas de comercio...”

Tenemos esta constatación: que previamente se había comprobado el estado exaltado de los trabajadores a causa de las arbitrariedades de que venían siendo víctimas y de los proyectos de mordaza, como el código de contravenciones municipales y el registro de vecindad. El propio Falcón lo advirtió al exhibirse en automóvil delante de las columnas parciales y al contemplar la formación de la

columna general de la plaza Lorea. Cerca de 30.000 manifestantes habían acudido a la manifestación anarquista. Ahora bien, el acto de querer arrestar a un obrero que se había distinguido por su exaltación, delante de una muchedumbre tal, era sin dudas una provocación abierta y premeditada. No podía juzgarse de otro modo.

A la matanza de Avda. de Mayo entre Solís y Cevallos, siguieron los acontecimientos que era de esperar. La manifestación socialista tuvo noticia de los hechos mientras se dirigía de la plaza Constitución a la plaza Colón. Por la calle Buen Orden, por toda la ciudad circuló el pánico de los próximos acontecimientos como un reguero de pólvora. Los socialistas se sumaron al duelo proletario y, por primera y última vez exhortaron a la huelga general. Pero la huelga general ya era un hecho y el propio jefe de policía, irritado por ese frente único en que no había pensado, advirtió que esa adhesión, por lo demás, tuvo poca importancia. El movimiento obrero estaba influenciado por los anarquistas y con la adhesión de los socialistas o sin ella, la semana que siguió a la tragedia se habría producido igualmente.

He aquí el nombre de los muertos: *Miguel Besch*, de 72 años (como una afirmación de que no había que lamentarlo, la policía dijo que se le había encontrado en el bolsillo un ejemplar de *La Protesta*), *José Silva*, de 24 años; *Juan Semino*, de 19 años; *Manuel Fernández*, de 36 años; *Luis Pantoleone*, 25 años; *Jacobo Remishoff*, de 22 años; *Narciso Milesi* y *Pedro Fortunato*.

II

Se pensó dar un golpe de audacia al clausurar los locales obreros y al detener algunos centenares de compañeros conocidos. Pero esas medidas resultaron ineficaces. Unánimemente el proletariado pidió la renuncia de Falcón como condición previa para calmar los ánimos exaltados por el sacrificio de los compañeros asesinados; pero sí públicamente se gritaba: ¡Fuera Falcón!, íntimamente se deseaba hacerle pagar el crimen perpetrado, de una manera más adecuada. Esto último era lo que pensaban los anarquistas, mientras los socialistas se afirmaban en lo primero.

El 2 de mayo fue un día de recogimiento y dolor; era un Domingo y, por consiguiente, el paro general se hizo sentir sólo en el ambiente de tragedia que lo había invadido todo; pero las organizaciones gremiales resolvieron que la protesta continuara por tiempo indeterminado y los manifestos vibrantes inundaron la ciudad, a pesar de la clausura de locales y de los centenares de presos y de la suspensión del derecho de reunión.

El coronel Falcón hizo saber cínicamente que los muertos y heridos del 1º de Mayo presentaban heridas de bala procedentes de los propios trabajadores, ante semejante infamia los ánimos se irritaron más todavía.

III

El 3 de Mayo, un Lunes, se pudo comprender todo el alcance del movimiento de protesta, tanto en Buenos Aires como en las poblaciones del interior del país. En Buenos Aires no circulaban ni carros ni coches y el comercio cerró por la tarde sus puertas y vidrieras; los teatros suspendieron sus representaciones, los empleados municipales de la limpieza se unieron a los huelguistas; el cuerpo de bomberos fue encargado de la distribución de pan y de leche a los hospitales; la afluencia de víveres se interrumpió en grandes proporciones; por las calles no se veían más que piquetes de caballería y de infantería haciendo servicios de patrulla y grupos obreros, los pocos tranvías que salieron fueron retirados por las mismas empresas al atardecer; a las 8 de la noche la ciudad quedó enteramente desierta. 5.000 hombres del ejército de línea custodiaban la ciudad; la policía disponía del cuerpo de bomberos, del escuadrón de seguridad y de los vigilantes armados con revólver y máuser. Según el Ministerio de Guerra, las tropas disponibles para hacer frente a cualquier intentona obrera, eran: 2 regimientos de artillería, 3 regimientos de caballería, 6 batallones de infantería, 2 batallones de ingenieros y 1.500 hombres de la escuela de tiro y de clases.

Pese al terror de las represiones y a la barbarie policial los trabajadores salían a la calle y en la plaza Constitución hubo un mitin concurrido por unos 3.000 trabajadores, a la 4 de la tarde.

Mencionamos estos incidentes entre los muchos ocurridos en el curso del día:

Choque entre la policía y obreros en la esquina de la calle Bolívar y Victoria.

Carga de cosacos del escuadrón contra un grupo de manifestantes en la esquina de Perú y A vda. De Mayo

Frente a la morgue hubo un choque entre la policía y el pueblo el que esperaba en número de más de 10.000 personas, la partida de los cortejos fúnebres de los obreros asesinados el 1° de Mayo.

Ataques diversos contra los tranvías que salieron a pesar de la declaración de huelga, mas de 50 coches fueron abandonados en la calle con los vidrios rotos y otros desperfectos.

Choque entre obreros y policías en la calle Humberto 1, entre Pichincha y Pasco, varios heridos.

Choque entre la policía y los obreros en las calles San Juan y Piedras.

Choque entre la policía y los obreros en las calles Callao y Córdoba.

En la calle Ombú, 553, la policía detiene a 17 rusos.

En los Mataderos es muerto un capataz antihuelguista; la policía detiene allí a 25 obreros, etc.

IV

El paro general es todavía intenso el Martes 4 de Mayo. Buenos Aires continúa dando la sensación de un campamento armado. Los víveres comienzan a escasear; La escasez determina una usura escandalosa. Los pocos tranvías que circulan lo hacen bajo custodia de soldados con la bayoneta calada. Sin embargo, la administración de la compañía Angloargentina comunicó a la Intendencia Municipal que más de 1.000 cristales de tranvías fueron rotos a pedradas durante el día. Otras empresas paralizaron totalmente sus servicios. Las tropas custodiaban los edificios públicos, los bancos, las estaciones ferroviarias, los locales obreros, los puertos, los coches de correo y de la municipalidad. La huelga de personal de carga y descarga de las estaciones originó una enorme aglomeración de mercadería y demás en los depósitos, en los andenes y hasta en las calles.

El espectáculo de la basura en las calles fue casi general, Muy pocos teatros abrieron sus puertas. Todas las actividades fueron paralizadas en espera de los nuevos acontecimientos.

A eso del mediodía se reunieron alrededor de la Morgue, para acompañar el cortejo fúnebre de los obreros asesinados, cerca de 80.000 trabajadores, en medio de dos escuadrones de caballería, 50 bomberos armados con máuser, y 200 hombres del escuadrón de seguridad. Los cadáveres fueron llevados a toda prisa por la policía al cementerio, pero también las calles adyacentes al cementerio de la Chacarita estaban repletas de gente del pueblo y los asesinados del 1° de Mayo recibieron el debido homenaje póstumo de los trabajadores de Buenos Aires. Está demás decir que los choques entre la policía, las tropas y los trabajadores fueron frecuentes. El más importante tuvo lugar al volver del cementerio. Donde hablaron varios oradores anarquistas, socialistas y sindicalistas. De resulta de una descarga del escuadrón de seguridad en la calle Triunvirato, y de un asalto de los soldados, se recogieron en la comisaría 21 cuatro heridos, veinte contusos, haciéndose unas cincuenta detenciones.

En el día. Martes 4 de Mayo, la segunda división del departamento de policía hizo cien detenciones, y la tercera unas ciento cuarenta.

Los disturbios callejeros fueron numerosos y nos llevaría muy lejos su simple mención.

El proletariado de las provincias, en Rosario, La Plata, Córdoba, Bahía Blanca, Pergamino, etc. secundó el movimiento iniciado en Buenos Aires.

El miércoles continuó el movimiento con igual intensidad. Las medidas tomadas por el gobierno para el abastecimiento de la ciudad, apenas bastaron para atender las necesidades más urgentes de los hospitales y de los cuarteles. El estado echó manos a todas sus fuerzas, pero a pesar de ello fue impotente para dar a la ciudad ese sello peculiar que recibe únicamente del esfuerzo de los trabajadores. Las operaciones en el puerto continuaron paralizadas; los buques de ultramar quedaron en la rada exterior hasta que se termine la huelga, en vista de la imposibilidad de descargarlos.

El comité mixto de huelga convocó un mitin en la plaza de Mayo.

La policía lo impidió y se produjeron numerosas cargas salvajes del escuadrón de seguridad contra los obreros; desde un balcón de su escritorio, en Avda. de Mayo, Benito Villanueva, el vicepresidente de la república, contemplaba las cargas. Se tardó más de una hora en hacer que los trabajadores se dispersaran. Hubo numerosos heridos y contusos.

En la plaza Constitución se realizó un mitin convocado por el partido socialista. Al disolverse el acto se produjeron algunos ataques brutales contra los trabajadores, resultando nuevamente muertos y heridos.

Los muertos en estas circunstancias fueron: Pedro Palacín, de 20 años; José Barbieri, Victoriano Montenegro.

Los presos de ese día sumaron también algunos centenares.

VI

Estamos ya en el 4º día de la huelga (jueves 6 de Mayo). Como los días anteriores la vida en la gran ciudad no se reanima. Y todos los esfuerzos del gobierno, con sus soldados y funcionarios policiales, no logran restablecer el aprovisionamiento normal. Los nuevos asesinatos del día anterior han vuelto a infundir aliento y deseo de represalias a los trabajadores.

El viernes no hubo variaciones de importancia en el movimiento; la huelga no fue quebrantada ni por el terror policial ni por los rompehuelgas reclutados por el gobierno y por las grandes empresas. Se realizaron algunos actos públicos concurrendosísimos, otros fueron disueltos violentamente. En la calle Corrientes al 1180. Estalló una bomba de gran potencia que causó desperfectos en varias casas. En la calle Cangallo. Explotó otra bomba. Sin causar desgracias personales y varios tranvías custodiados por el ejército fueron atacados a balazos.

Eso hizo que las empresas tranviarias suspendan sus servicios al anochecer.

En La Plata, en Bahía Blanca, en Rosario, en Mar del Plata y muchas o le movió a pedir

El Lunes 10 de Mayo, se reanudó el trabajo, después de una semana imborrable en los anales proletarios. Describiendo los sucesos del Lunes al Viernes, el coronel Falcón informa al Ministro del Interior, en una extensa requisitoria antianarquista, que se desarrollaron los hechos que son de dominio público

“y otros que por su extrema gravedad fue necesario ocultar para no aumentar la impresión penosa que habría de producir en la sociedad. Se han librado verdaderos combates nocturnos; se han levantado y tomado barricadas a viva fuerza, y algunos barrios vivieron en tinieblas por haber sido destruidos y arrancados los faroles del alumbramiento, para llamar así a las fuerzas legales y librarles combate; se han impedido incendios intencionales; sean reprimido agresiones a pacíficos ciudadanos; más no se ha podido evitar el estallido de bombas que tan hondamente conmovieron el espíritu público...”

VII

El coronel Falcón no había quedado satisfecho, sin embargo, de las matanzas de la semana sangrienta de Mayo. Su fobia antianarquista le movió a pedir al ministro del interior la reforma de las leyes de r residencia y de ciudadanía, así como la sanción de otras sobre delitos de imprenta y la creación de tribunales para entender en las causas por delitos sociales; también pedía leyes que reglamentaran el derecho a reunión y que se dirigieran especialmente contra el anarquismo. El pobre hombre se proponía librar al país de anarquistas y la negra historia de su acción al frente de la policía de la capital fue ensanchándose cada día más. Pero los anarquistas no se dejaron aterrorizar; respondieron enérgicamente a las provocaciones y en La Protesta se pudieron leer muy a menudo exhortaciones a la muerte del perro rabioso.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir fatalmente. Del seno del pueblo salió un desconocido, casi un niño todavía, Simón Radowitzky, que se erigió ante el mundo y su conciencia en el vengador de los caídos el 1° de Mayo de 1909.

Las leyes de la justicia histórica podrán condenar cuanto quieran a Simón Radowitzky, y cebarse con encarnizamiento en ése héroe; pero la justicia humana, que está por encima de todos los códigos y que vive en el corazón de los oprimidos y de los explotados, extiende por sobre todos los obstáculos una mano amiga y hermana al mártir de Ushuaia.



Salida de Radowitzky de Husuabia

SIMON RADOWITZKY, EL VENGADOR Y EL MARTIR

Por D. A. DE SANTILLÁN

Los atentados en la Argentina

Eliseo Reclus, un hombre a quien el proletariado revolucionario y el anarquismo recuerdan como a uno de los suyos, ha escrito:

"Yo creo que toda opresión produce la reivindicación y que todo opresor individual o colectivo se expone a la violencia".

El autor de la *Geografía Universal* más notable del siglo pasado y de *El Hombre y la Tierra* ha concretado en esas palabras una especie de ley histórica y humana, que puede confirmarse con millares de ejemplos del pasado y que se confirmará igualmente cada vez en el porvenir.

El atentado, sin necesidad de previo reconocimiento, se ha convertido en un arma defensiva de los anarquistas. Pero es un arma excepcional y que no debe confundirse con el simple terrorismo. Se esgrime o se siente su necesidad en estas dos ocasiones: cuando no queda otro medio de protesta, en los períodos de represión aguda y brutal, y cuando la acción colectiva no toma sus justas represalias y no repara los actos extraordinarios de barbarie de las clases privilegiadas.

Sería inútil teorizar al respecto. Son hechos que se producen raramente pero que dejan honda huella en el recuerdo de los pueblos. Son efectos de causas bien evidentes; sin embargo, no se debe ni se puede elaborarlos como un sistema de acción. Si se producen, no los condenamos; si no se producen, no los provocamos como se provocaría una huelga u otro medio cualquiera de defensa o de ataque en las luchas cotidianas. Tal vez por esa misma espontaneidad que distingue a los atentados y que los diferencia del terrorismo, dejan huellas imborrables de simpatía en los pueblos.

En la Argentina no hubo muchos atentados, pero algunos de ellos quedarán eternamente en la historia como gestos heroicos de reivindicación del derecho elemental a la vida y al pensamiento libre.

Como una protesta contra los estados de sitio característicos de la presidencia de Quintana y contra la matanza, del 21 de mayo de 1905 en la plaza Lavalle de

Buenos Aires, y las brutalidades antiobreras de la policía de Rosario surgió Salvador Planas el 11 de agosto del mismo año. Salvador Planas quiso hacer responsable al presidente de la república por las persecuciones y crímenes de sus esbirros pero la mala calidad de su arma frustró el propósito. Sin embargo, su gesto produjo honda impresión.

Las deportaciones de anarquistas bajo el régimen de Figueroa Alcorta, el imperio de la ley de residencia los abusos cometidos por los guardianes del orden para poner un límite a la propaganda revolucionaria la represión de la huelga de inquilinos y otros sucesos armaron el brazo del jovencillo Francisco Solano Rejis, que el 28 de febrero de 1908 lanzó una bomba, que no hizo explosión, contra el presidente de la Argentina. El juez Madero lo condenó a 20 años de prisión. Pero una feliz casualidad quiso que ni él ni Salvador Planas cumpliesen la condena.

Como hemos dicho, una de las características de los atentados es la espontaneidad; es justamente lo contrario de lo que supone la policía, que piensa descubrir un vasto complot tras cada hecho de esa naturaleza. De *La Protesta*, 20 de marzo de 1909, transcribimos este pensamiento, tomado de un artículo de Gilimón redactor entonces de nuestro diario:

"No es posible gestar actos rebeldes por medio de convenios más o menos secretos. Hay que dejar que la rebeldía individual se produzca por sí sola, que ya ella se multiplicará cuando una conmoción popular cree un ambiente propicio..."

Ese es el punto de vista anarquista frente a 'los hechos individuales.

Pero sigamos:

Ya nos hemos referido a los sucesos del 19 de mayo de 1909 y a la triste función del coronel Falcón en aquella matanza infame.*² Para vengar aquella sangre obrera que regó las calles de Buenos Aires, salió un desconocido: Simón Radowitzky.

Y no hace muchos años, una gran huelga en la Patagonia y la represión sangrienta que se llevó a cabo a las órdenes del teniente coronel Varela, que dejó 1,500 cadáveres a su paso "triumfal" por aquella región, repercutieron debidamente en el acto valiente y abnegado de Kurt Wilckens, que mató a la hiena galoneada el 25 de enero de 1923. De esa tragedia hemos hablado abundantemente y, aparte de los testimonios que puede hallar con frecuencia el viajero que recorra la Patagonia ahora mismo dejando ya a un lado la serie de materiales recogidos en el diario *La Protesta* desde 1920 a 1922, los lectores pueden recorrer al libro de A. Courel: *Los bandoleros del sur* (288 páginas, Mar del Plata, 1923) o el folleto editado por la Federación Obrera Local Bonaerense: *La Patagonia Argentina* (96 págs., Buenos Aires, 1922).

En todo eso se encuentra la explicación y la justificación de la muerte del teniente coronel Varela y la razón de la gratitud popular que acompañó al gesto de Wilckens.

Esos son los atentados que más resonancia tuvieron en la Argentina, los que han dejado más imborrables recuerdos.

La caída de Falcón

* se refiere al artículo anterior

La impresión producida por la matanza del 19 de mayo en la plaza Lorea fue enorme. Y más indignación causó aún la solidaridad del gobierno con el jefe de policía, a quien sostuvo contra el deseo unánime de su destitución expresado por todos los trabajadores del país.

Se pedía públicamente la cabeza de Falcón, sin rodeos de lenguaje. Por ejemplo, los Aserradores y Anexos de Buenos Aires terminaban así un manifiesto al pueblo publicado el 3 de mayo de 1909 en *La Protesta*: "¡Muera Falcón! ¡Viva la anarquía!"

Y *La Protesta*, el 4 de mayo, gritaba al comentar los renovados ataques policiales en la huelga que siguió a la masacre de la plaza Lorea hoy del Congreso: "... *Son siete muertos y 105 heridos. Luego, si mañana se voltea la cabeza de Figueroa y Falcón, se dirá que los anarquistas somos unos criminales...* ".

Falcón continuó en su puesto, el intendente Cuirald es, autor del famoso código de penalidades, que al fin hubo de ser derogado, también. No sólo eso, sino que Falcón continuaba ingeniándose por hallar nuevos medios para extirpar el anarquismo del país. Entre sus nuevos proyectos propiciaba una reforma de la ley de residencia para evitar la vuelta de los expulsados; una reforma de la ley de ciudadanía; una ley que permitiera suprimir de un golpe toda la prensa anarquista.

Justamente el 14 de noviembre de 1909, los diarios de la mañana daban cuenta del parte oficial elevado por el coronel Falcón al ministro del interior sobre la tentativa terrorista de Pablo Karachin contra la catedral del Carmen de Buenos Aires. Refiriéndose a ese acto frustrado que seguramente tenía por *leit-motiv* una venganza por el asesinato de Ferrer, pues la bomba debía estallar en ocasión de una conmemoración religiosa por don Carlos de Borbón; refiriéndose a este acto, repetimos, escribía Falcón al ministro del interior:

"Al evitarlo, el servicio de la sección orden social se ha hecho no sólo acreedor a la consideración de sus superiores sino que ha merecido el aplauso unánime del pueblo, que ha podido apreciar una vez más que cuenta con una verdadera garantía de sus vidas e intereses y justo es entonces reconocer que todo el mérito corresponde a ese núcleo de empleados que, compenetrados del verdadero concepto de sus deberes y sacrificando sus horas de descanso, han puesto al servicio de la alta misión que les ha sido confiada todas sus actividades realizando un acto de verdadera abnegación, sin reflexionar en las posibles consecuencias que pudo tener para ellos su intervención..."

"Al mismo tiempo me permito anticipar a V. E. que dentro de breves días tendré el honor de someter a su elevado juicio las medidas que en opinión del suscrito se hace imprescindible tomar para prevenir hechos análogos al producido que ha podido conmover hondamente a esta capital..."

Unas horas más tarde, los rotativos vespertinos lanzaban ediciones extraordinarias anunciando la muerte de Falcón.

En efecto, el 14 de noviembre, a las 12 hrs, 2 minutos sonó la hora del jefe de policía de Buenos Aires, a quien un hijo del pueblo exigió cuentas de la matanza obrera ordenada por él.

El hecho se produjo así: Falcón había ido a eso de las 10 hrs. 30 min a la Recoleta, para asistir al entierro del director de la prisión nacional, Ballvé en el Cementerio Norte. Terminada la ceremonia regresó en un coche con la capota baja, por la Avenida Quintana, acompañado de su secretario, Juan Alberto Lartigau. Al llegar el coche a la esquina de Callao un joven obrero, Simón Radowitzky, le arrojó una bomba que dio en el piso del coche y estalló. Falcón y su acompañante cayeron al suelo, mortalmente heridos; el primero falleció a las 2 hrs. 15 min, y el segundo a las 8 hrs. 45 min de la noche.

Radowitzky aturdido por la explosión, intentó huir pero fue detenido por policías y particulares en la esquina de Ayacucho y Avenida Quintana. Mientras luchaba con sus perseguidores sacó con la mano izquierda un revólver y se descerrajó un tiro en la región pectoral derecha. La herida fue leve, pero Radowitzky cayó en tierra y las autoridades se hicieron cargo de él.

El aullido de la burguesía nacionalista fue terrible. Ni por un momento se puso en duda que se trataba de un atentado anarquista, aunque el autor era desconocido y se había negado a hacer declaración alguna. Los diarios de la tarde daban los detalles más espeluznantes, algunos incitando directamente a la caza de anarquistas. El gobierno declaró el estado de guerra en todo el país y se inició la época de terror policial. A las 2 hrs, 30 min de la madrugada del 15 fue asaltado el local de los talleres de *La Protesta*, haciéndose lo propio con la Federación Obrera Regional Argentina. *La Vanguardia* órgano de los socialistas, fue clausurada y se prohibió a toda la prensa dar noticia alguna relativa a la acción de la policía y a las ideas anarquistas. El estado de guerra se prolongó hasta el 14. de enero de 1910. Los presos fueron centenares, la cifra de los deportados fue considerable. Pero el proletariado de la Argentina no se dejó aterrar ni disimuló un solo instante sus simpatías hacia Radowitzky y la íntima satisfacción experimentada por la caída de un hombre que había hecho derramar tanta sangre obrera.

La prensa burguesa rugió de rabia, porque había caído uno de los suyos; pero esa misma prensa no tuvo ni una palabra de condenación para la masacre de la plaza Lorea, donde los caídos eran obreros y anarquistas gente del pueblo..

Un botón de muestra de las tiradas habituales de la reacción: *La Nación* escribía el 15 de noviembre bajo un título a toda página :

EL ATENTADO ANARQUISTA DE AYER:

"Ya sabemos cuales son los orígenes del hecho. Son precisamente las mil razones que lo hacen inexcusable; es decir, la generosidad, la amplitud, la tolerancia del espíritu argentino, que abre al mundo entero sus puertas, que entrega al mundo entero su heredad. que llama a todos los despojados y perseguidos del orbe a compartir, mediante un poco de trabajo y de esfuerzo, su fortuna, su bienestar, su porvenir..."

"Ninguna teoría excusa, ni puede excusar, para el hombre sano y bueno, el homicidio. y si la tiranía del caudillo bárbaro y sanguinario incurre en la eterna maldición de nuestra historia no menos eterna será la que pronunciamos contra esta otra tiranía del sectario enceguecido y alevoso."

Esa prensa quería, por una parte, declarar que en la Argentina existía el régimen más liberal del mundo; pero, por otra parte, tenía una ley de excepción llamada de residencia, que daba a la policía carta blanca contra los trabajadores, y aplaudía los nuevos proyectos antianarquistas del coronel Falcón. Los hechos no armonizan mucho con la teoría de la liberalidad argentina. En cuanto a la condenación del hecho de Radowitzky seguramente que no es el juicio de la reacción el que ha de prevalecer ante la historia.

El entierro del coronel Falcón y de su secretario quiso ser un exponente antiproletario; pero no pudo serlo, porque el pueblo había comprendido porqué fue muerto el jefe de policía. En el cementerio hablaron, entre otros, el ministro del interior, Julio A. Rojas, Manuel Carlés, Juan M. Oyuela, etc. Manuel Carlés, a quien volvemos a encontrar en enero de 1923 lanzando rayos contra los anarquistas sobre la tumba del teniente coronel Varela, el verdugo de la Patagonia, dijo entonces:

"A los crímenes de lesa civilización opondremos nuestro coraje tradicional, para que la ley de la tierra se cumpla en homenaje al bienestar de todos los que hemos jurado al mundo por la inmortalidad de los destinos nacionales, y ahumando con los aromas de nuestras olivas de paz los gases homicidas de las armas vedadas del ácrata violento... "

La mala calidad del arma de Desiderio Funes ha impedido que ese hombre de las frases sonoras y de los oropeles patrióticos, orador oficial en los entierros de los reaccionarios caídos en la guerra social, el principal responsable, probablemente, del asesinato cobarde de Kurt Wilckens, terminase en 1924 las apologías fáciles de los gestores de crímenes contra el proletariado.

¿Quién es Radowitzky?

Simón Radowitzky nació el 10 de septiembre de 1891 en las proximidades de Kiev, Rusia, de una familia proletaria. Desde muy joven tuvo que ganarse la vida con su trabajo; pero junto con el trabajo aprendió algo más en su tierna juventud: que la situación del proletariado puede mejorar y cambiar por la acción solidaria contra la tiranía y la explotación. Siendo muy joven, a los 13 o 14 años, una grandiosa conmoción social en Rusia, la Revolución de 1905, le abrió los ojos a un nuevo mundo. No quedó pasivamente en aquella ocasión, sino que hizo cuanto pudo, cuanto podía hacer a su edad en la heroica lucha contra el zarismo. Tuvo contacto con otros obreros revolucionarios y combatió con ellos y con ellos se exaltó su espíritu al oír y al comentar las noticias de la marcha de la primera revolución rusa.

Algunas cicatrices en su cuerpo testimonian que fue uno de los que lucharon en las calles contra el despotismo del zar y por la emancipación del pueblo ruso. Conoció también las prisiones del viejo régimen zarista y su emigración a América del Sur se debió a la derrota de la Revolución y a la necesidad de ponerse a salvo de las nuevas persecuciones.

Desembarcó en Buenos Aires en marzo de 1908, entrando a trabajar de mecánico en los talleres del ferrocarril Central Argentino de Campana. Recorrió luego algunas otras localidades; estuvo en Rosario, y por fin volvió a Buenos Aires, donde encontró trabajo de su oficio en el taller mecánico de Zamboni, situado en la calle Charcas. Estando en Buenos Aires fue testigo de la masacre de la plaza Lorea el 10 de mayo de 1909; poco después asistió a las grandiosas protestas por el asesinato de Ferrer en España. Apenas tenía 19 años. La matanza de la plaza Lorea hizo nacer en su espíritu la idea de una venganza contra un crimen tan infame. Y se había propuesto, seguramente, responsabilizar de la sangre obrera derramada al presidente de la república Figueroa Alcorta; pero una casualidad le hizo destinar la bomba que había preparado él mismo en el taller donde trabajaba, para Falcón, jefe de policía de Buenos Aires, inspirador directo de la política antiobrera del gobierno.

En los medios anarquistas era un desconocido; cuando mató a Falcón se intentó inútilmente forjar la historia de un complot; todo fue en vano. Radowitzky reivindicó la responsabilidad de su hecho y declaró que había matado al jefe de policía para vengar a los obreros muertos el 19 de mayo. No negó sus simpatías hacia el anarquismo y, lo mismo que Wilckens, catorce años más tarde, se mostró satisfecho de haber cumplido la misión que se había impuesto. Su propio destino ulterior le importaba poco.

Enterrado vivo

Hasta el 14 de enero de 1910, como hemos dicho, duró el estado de sitio. En ese tiempo se produjo una persecución salvaje contra el anarquismo. Se comprendió que legalmente no había nada que hacer en favor de Radowitzky; pero se vio pronto que si la ley lo condenaba el pueblo trabajador lo había absuelto de antemano, y en la imaginación de muchos revolucionarios nació, por encima de todo; la enseñanza en que Radowitzky no habría de cumplir la condena que le impusieran los agentes judiciales de la burguesía. En efecto, aprovechando la caída del coronel Falcón, se

asaltó La Protesta y se quiso ensayar un sistema de terror policial. En respuesta a todo eso los anarquistas volvieron a la lucha con renovado ardor y sacaron un nuevo diario, *La Batalla*, mostrándose cada día más agresivos frente a las provocaciones del Estado y del capitalismo.

El proceso contra Radowitzky se vio ante el juez del crimen Sotero Vázquez, El fiscal Manuel S. Beltrán pidió la pena de muerte, haciendo resaltar que el acusado no se había arrepentido, poniendo de manifiesto sus ideas anarquistas y sus antecedentes revolucionarios en Rusia. El juez dictó contra Radowitzky una medida de venganza más sádica aún que la pena de muerte: la condena por tiempo indeterminado, con reclusión celular de 20 días en los aniversarios de la caída del coronel Falcón. Hubo al respecto una contienda de competencia suscrita por el juez federal Horacio Rodríguez Larreta, y el asunto fue llevado a la Suprema Corte, pero ésta declaró competente a la justicia ordinaria, aprobando el fallo del juez Sotera Vázquez.

Así fue enterrado vivo el vengador de la matanza del 1° de mayo. En las calles el rumor del movimiento anarquista se volvía amenazador; sin embargo, los trabajadores afluían a los organismos de lucha del proletariado y aprovechando la inminencia de las fiestas del Centenario, la agitación, de que testimonian dos diarios propios en una sola ciudad, sin contar los semanarios, órganos gremiales, revistas y demás, se acrecentaba. No se olvidaba a los presos, y justamente fue una campaña en favor de los encarcelados la que sirvió de pretexto a la burguesía para jugar la última carta. Una demostración anarquista, realizada el 27 de marzo de 1910 en Buenos Aires, sembró la alarma en las esferas oficiales. El gobierno cedió a las reivindicaciones presentadas: el retiro de las autoridades de la cárcel de encausados. El 8 de mayo de 1910 se llevó a cabo la manifestación anarquista más imponente que se haya visto; como sesenta mil obreros asistieron a ella. Las fiestas del Centenario peligraban pues el 18 del mismo mes de mayo se haría efectiva la huelga general si no se derogaba la ley de residencia, si no se ponía en libertad a los presos por cuestiones sociales y no se amnistiaba a los desertores y prófugos militares. El terror armó el brazo de la burguesía y a partir del 13 de mayo se comenzó la caza más brutal y salvaje contra los anarquistas. La imprenta de *La Protesta* fue incendiada todos los compañeros activos cayeron presos y fueron deportados o enviados a Ushuaia; en pocos días fueron puestos fuera de combate millares de revolucionarios conocidos; y las fiestas del Centenario se pudieron celebrar, no sin algunos incidentes, en medio del más bestial sistema de terror policial, mezclándose los gritos de ¡Viva la patria! Con los aullidos de triunfo: ¡Abajo los trabajadores! ¡Mueran los anarquistas!

El golpe, sin embargo, fue muy sensible. Pasó más de un año antes de que el movimiento comenzase a reponerse. En ese intervalo, por si la ley de residencia de noviembre de 1902 no era bastante, se dictó otra ley de excepción: la ley número 7029, llamada "Social".

Pero todo no había muerto. El 6 de enero de 1911 se llevó a cabo una fuga de presos de la penitenciaría nacional, por un subterráneo hábilmente cavado desde afuera de la prisión. Se escaparon trece penados. El trabajo se había hecho para facilitar la fuga de Radowitzky pero éste, que no había sido puesto debidamente al corriente, no aprovechó la ocasión.

Para tenerlo más seguro, fue enviado entonces a Ushuaia, donde está desde hace más de dieciséis años, siendo ya el más viejo de los penados de aquel presidio.

Los anarquistas no lo olvidaron ni lo olvidarán. En la memoria de todos está la conmoción de júbilo que sacudió al proletariado del país cuando en noviembre de 1918 se supo su fuga del presidio con Apolinario Barrera y el dolor que siguió al júbilo cuando se supo que los fugitivos habían sido detenidos por un escampavía chileno y devueltos al penal.

El rescate de Radowitzky es una idea de los anarquistas, idea que cuenta amplias simpatías en el seno del pueblo. y en pro de esa idea no habrá sacrificio que no se intente. El solo pensamiento de que está enterrado vivo, el conocimiento de su nobleza de espíritu de su carácter moral rectilíneo, de su abnegación sin límites, de los sufrimientos a que ha sido sometido, han puesto en el corazón de los proletarios al vengador de una matanza infame y al mártir de Ushuaia. ¡El mártir de Ushuaia!, así lo ha calificado la voz popular acertadamente.

En el presidio

Narrar los sufrimientos y el martirio entero de Radowitzky en Ushuaia no es tarea fácil. Se sabe mucho de él, por sus cartas por los relatos de los otros presos, por las descripciones de los que lo visitan. Pero también se ignora mucho del heroísmo incesante de esa vida tronchada en flor. No hay hombre menos preocupado de sí mismo y más apasionado defensor y amigo de los débiles. Es una llama que arde, se dijera para alumbrar a los otros, para aliviar la situación ajena. Su suerte no le preocupa, sus sufrimientos no los tiene en cuenta.

No negamos que nuestro cariño hacia Radowitzky es grande, que lo queremos como a un hermano que no lo olvidamos un sólo instante. Sin embargo advertimos que somos un tanto rígidos para con nosotros mismos, y si Radowitzky se hubiese comportado alguna vez de modo poco digno, si hubiese caído como caen la mayoría de los presos que viven varios años en un presidio, lo hubiésemos disculpado desde el punto de vista humano, pero no sentiríamos ni el orgullo ni el afecto que su nombre nos inspira.

Radowitzky es un verdadero héroe moral. La anarquía es su bandera y la fidelidad que le guarda es realmente conmovedora. Pero tal vez es la anarquía la que le ha conservado íntegro, la que le ha servido para atravesar con la frente en alto dieciocho años de martirio en condiciones a que no fue sometido ningún otro preso.

Más de una vez los castigos inhumanos estuvieron a punto de aniquilarlo físicamente. Después de la fuga del 17 de noviembre, preparada por Barrera, estuvo castigado casi dos años, a pan y agua, en una celda sin aire ni luz. La llegada al presidio de un interventor un tanto humano el señor Barón Peña, le salvó de la muerte segura.

Pero no queremos detenemos en los detalles de su vida en el presidio, que valdría la pena exponer como una acusación contra el régimen penal argentino y como documento de la barbarie de las clases privilegiadas, al mismo tiempo que como testimonio de la integridad y de la grandeza de alma de Radowitzky. Nos basta decir que seguramente no hubo en este país otro preso que haya tenido que sufrir más que él.

Hace unos años, revisando paquetes de cartas particulares, de 1921, hacíamos entre otros, estos comentarios (*La Protesta*, 12 de enero de 1922 artículo: "Un hombre: Radowitzky en el presidio.")

"Radowitzky es una pesadilla para los gobernantes, para la burguesía de este país, y es un freno para la perversidad de los carceleros de Ushuaia ; por eso se quiere hacerle desaparecer acelerar su muerte. Radowitzky se sostiene, por un verdadero milagro con vida; aunque ha perdido la esperanza de recobrar la libertad, parece que su misma naturaleza reacciona contra la muerte que va a pasos agigantados consumiendo su existencia. A Radowitzky lo alienta y lo mantiene una vida espiritual poderosa. Cualquier otro, en su lugar, hubiera caído a mitad del trayecto del doloroso calvario."

Ved algunas palabras y algunos gritos del heroico camarada:

"Te pediré que no molestes más al director por mi causa, pues por influencia del inspector Olmos y de Verdejo, me hizo poner una chapa en la ventana con 300 agujeritos; no entra luz ni aire; vivo en la noche eterna. Pero no te aflijas, estoy resignado y tengo todavía fuerza de voluntad y paciencia para soportar estas iniquidades..."

He aquí otro recorte de sus cartas:

"El señor Sampedro no sabe de qué modo poder conmigo; me prohíbe estar en la ventana, pero ya no le llevo el apunte; me amenaza con castigarme y le digo que castigue cuando le de la gana. Me prohibió bajar a la estufa y ayer ordenó que me cambiaran la cucheta... y ¿sabes por qué? porque estaba pintada de colorado; pero me burlé de él; ahora he puesto en la ventana una cortina roja; el mantel de la mesa también es rojo, la repisa igual; en fin casi toda mi celda está adornada con ese color, " le voy a hacer reventar de rabia..."

Ya veis: porque Radowitzky es anarquista le quieren impedir que ponga una cortina roja a la ventana; pero él, como anarquista sabe desafiar a sus verdugos, y cuanto más le oprimen, más se rebela y más ostentación hace de sus ideas... Hasta Ushuaia llegaron rumores de que su nombre era explotado por gentes poco escrupulosas. Radowitzky se indigna y dice que la Federación debe fiscalizar las suscripciones y desautorizar las que no juzgue convenientes. En otra carta escribe estas hermosas palabras:

"No quiero quejarme de nada; estoy resignado; he tenido en cuenta antes de entrar en la lucha que nuestros enemigos me harían sufrir, y estoy luchando hasta que caiga para siempre, pero no vencido; yo no quiero escribir a los compañeros por la sencilla razón de que si digo que me maltratan, que estoy mal, etc., lo interpretarían como una queja y como que les pido socorro. Ten presente amigo que en la calle hay

trabajadores que se encuentran más necesitados de la ayuda de los compañeros que yo..."

"Supongamos que haces una campaña en los diarios y en la Federación sobre mi situación; se agotarían energías sin razón, porque yo no soy el único al que deben atender Los anarquistas. Nuestro ideal no es llorar porque se martiriza a un compañero en el calabozo, y detenerse por eso en el camino. Nuestro deber es ir adelante. Si alguno cae se pasa por encima de él si hay necesidad..."

"Tengo bastante valor, aunque estoy flaco de cuerpo, para soportar esta reclusión y la que venga tras ella.

"Muchas veces he pensado acabar de una vez, en vista del fracaso de mi fuga y de los malos tratos; es decir, hacerme matar o seguir el ejemplo del 122. ¿Sabes por qué no lo hago? Para que no gocen mis verdugos..."

"Pronto hará 10 años —dice—que estoy en el presidio 'y te puedo asegurar que no tengo ningún remordimiento; jamás hice ningún mal conscientemente a nadie; siempre he velado, o mejor dicho, cuidado del honor de los anarquistas; y respecto de mi proceder ante los compañeros del presidio jamás un anarquista podrá avergonzarse."

Radowitzky sabe que a causa de las ideas que profesa pesa sobre él una gran responsabilidad y procura estar a la altura del deber.

Paul Groussac y Radowitzky

Paul Groussac es un escritor conocido en los ambientes nacionalistas. Sus obras históricas y literarias forman un buen montón de papel impreso. También se sabe algo de su odio ilimitado contra los anarquistas. Y es justamente ese odio a los anarquistas lo que nos trae a la memoria su nombre en relación con Radowitzky.

Hemos leído muchos disparates y muchas burradas sobre el anarquismo y los anarquistas. Pero páginas tan infames como las escritas por Paul Groussac sobre Luisa Michel y el anarquismo no las hemos encontrado jamás. Por eso tiene valor la descripción que hace de una visita al presidio de Ushuaia en enero de 1914, y su conversación con Radowitzky. He aquí cómo habla el enemigo más bilioso y lleno de prejuicios (en su libro *El viaje intelectual. Impresiones de naturaleza y de arte —segunda serie—*, Buenos Aires, 1920. Jesús Menéndez, editor, págs. 94—107, capítulo en francés titulado *A la terre de feu*) del vengador de los mártires del 1º de mayo de 1909 por orden de Falcón:

"El penado 155 está, se me dice, desde ayer (en realidad desde hace ocho días) castigado en su celda a pan y agua, por haberse rehusado a saludar al guardián en jefe; y éste no deja de describirme a grandes rasgos sin duda un poco ennegrecidos, el carácter indisciplinado y recalcitrante del joven terrorista, a quien ningún rigor ha podido reducir y cuyo ascendiente sobre sus compañeros de prisión sería de temer. Consigo verlo, estar solo con él, no sin alguna resistencia, tanto de la administración, excepcionalmente minuciosa, como del prisionero, que al principio se rehusa a la entrevista, habiéndose formado la idea que yo

debo ser, no un simple turista francés, sino un inspector de ese gobierno odiado. La estrecha celda en que penetro, blanqueada con cal, con la puerta de ventanilla enrejada por única abertura, está amueblada con una cama de hierro, con un lavatorio provisto de lo necesario, con una pequeña mesa y una mesa; el conjunto muy limpio y sin dar pruebas de incuria. En la pared una valija y la fotografía de una mujer joven, bastante bien parecida. Me encuentro ante un hombre muy joven, de apenas veinticinco años (se sabe que su condena a muerte fue conmutada por razón de edad), de altura mediana y delgado, de rostro pálido y liso, cuyos rasgos regulares y finos forman un conjunto más bien simpático — para quien no detesta un poco de expresión brava en la energía viril. De ojos grises, próximos, de mirada franca y recta, con negras pestañas separadas por una arruga vertical, correspondiente a los pómulos salientes y al mentón cuadrado de los voluntaristas, La blanca y fuerte dentadura de un lobo, a quien recuerda aun por su delgadez robusta, donde se adivinan nervios de acero al servicio de una temible e indomable agresividad. En total un aspecto de no mal muchacho, sobre el cual el gesto de apasionamiento criminal no ha dejado ningún rastro —y que yo me reprocho inpetto de hallar más atractivo que el de tal o cual de sus guardianes.

"De nuestra conversación ¿qué os diré que no adivinéis? Se cierra respecto de sus antecedentes europeos en todo lo que a él se relaciona. Es así, por ejemplo, que niega la realidad de un incidente que tuvo por testigos, además del personal del presidio, cien pasajeros del Bluecher, en su reciente viaje de lujoso turismo por las regiones australes. Es un hecho notorio que se vio, en este mismo patio en que estamos, a una joven viajera separarse del grupo muy encopetado y arrojarle llorando en los brazos del forzado. Pero se explaya de buena gana sobre sus dos años de vida bonaerense; cuenta su aprendizaje de herrero en los talleres de Zamboni, su iniciación en el anarquismo por la sola lectura de La Protesta no conociendo, dice, más que por esos ecos vulgares la literatura europea de la secta. Niega haber sido inducido a su acto por el ejemplo de Karachin, a quien desprecia casi tanto como a nuestros socialistas. Todas sus respuestas a mis interrogaciones giran en torno a este refrán: "el burgués es para el trabajador un enemigo irreconciliable a quien hay que destruir." Me esfuerzo en oponerle —aparte de la cobarde infamia de su enorme crimen— el ejemplo de Europa de su Rusia misma, donde la propaganda por la violencia y el asesinato individual es tenida por un método anticuado, reemplazado hoy por las huelgas, etc. No se da por satisfecho; y yo lo dejo sin ninguna ilusión sobre la vanidad de mi prédica, persuadido —y lo estaba de antemano— de que sería preciso toda una reeducación de varios meses para librar ese cerebro estrecho de los sofismas que lo obstruyen a fin de fijar en él algunas nociones justas y sanas sobre los derechos y los deberes de la vida en sociedad."

No olvidemos que quien escribe lo transcrito es un reaccionario cristalizado, que ha demostrado un odio sin límites al anarquismo y a los anarquistas. Dejémosle con

la ilusión de que Radowitzky podría, con una reeducación de varios meses, recibir nociones más justas y sanas de los derechos y deberes de la vida en sociedad. Dejemos a ese historiador, a ese literato, que califique al anarquismo de secta. Lo que queríamos era poner de manifiesto la influencia simpática de Radowitzky hasta en los enemigos más llenos de prejuicios.

La liberación del mártir

Se ha iniciado por fin una propaganda sistemática tendiente a obtener la libertad del mártir de Ushuaia. Hasta aquí se había recurrido a los planes de fuga. No había otro medio. Por desgracia esos recursos han fracasado. En cambio ahora nos queda la misma ley de la burguesía. y he aquí que en este caso coincidimos en pedir su aplicación también para Radowitzky. No es gracia, no es indulto, no es nada más que algo que corresponde de derecho por la misma ley dictada por los nuevos torturadores de Radowitzky. De acuerdo con el nuevo código puede pedirse que se fije condena, pues si no se hizo en 1910 fue por la minoría de edad del ajusticiador de Falcón. Ahora bien, aun en el caso de que se pidiera como se pedirá, la pena máxima Radowitzky tendría que salir ya en libertad, por la disminución de pena que le corresponde en mérito a la buena conducta observada.

Los trabajadores de la Argentina a los que se unirá, así lo esperamos, la voz solidaria de los anarquistas de todos los países sabrán imponer esta vez a la burguesía el cumplimiento de sus mismas leyes: es decir sabrán abrir las puertas del presidio al mártir inolvidable realizando así un viejo anhelo de reparación.

La liberación de Radowitzky no disminuye la monstruosidad de la venganza de clase de que ha sido víctima nuestro compañero ni disminuye el crimen de haber deshecho una vida joven y robusta, entregándonos en cambio del Radowitzky de 1909 un cuerpo demacrado por el sufrimiento y las privaciones, que difícilmente ha de vivir ya muchos años. Pero tal como está, así lo queremos así lo reclamamos. Sabemos que su espíritu no ha sido domado, sabemos que su fe en el porvenir de la humanidad no ha hecho más que fortificarse.

La burguesía que nos ha matado a Wilckens de una manera tan cobarde debe devolvernos aunque sea en la agonía, a Simón Radowitzky.



Vista general de Ushahia (Tierra del Fuego)

UNA CAMPAÑA SOLIDARIA Y JUSTICIERA

por la libertad de Simón Radowitzky

Por LÓPEZ ARANGO

I

Volvemos de nuevo a machacar sobre un propósito que es permanente, como justa recompensa al sacrificio de un hombre, en la colectividad anarquista de la Argentina.

Periódicamente, desde hace ya bastantes años, se plantea en nuestro campo la necesidad de hacer algo en favor de Simón Radowitzky. Cada vez que nos llegan noticias de Ushuaia por intermedio de algún liberado —noticias siempre dolorosas y desconsoladoras—reiniziamos la campaña contra el terrible ergástulo fueguino en el que lentamente se va consumiendo la vida del hombre altivo y generoso que representa para los anarquistas un símbolo viviente de fe y perseverancia.

Es difícil exponer, en sus profundas tonalidades, la tragedia de Radowitzky. Niño aún, siguiendo el impulso irresistible de su apasionado amor al pueblo, dijo la palabra que hacía falta en la hora del silencio y de la renunciación colectivas. Y como se erigió en juez de una justicia desterrada del mundo, los jueces de la burguesía le condenaron como un malhechor.

La condena de Radowitzky, si tuvo carácter expiatorio cuando fue pronunciada, es hoy una refinada y cruel venganza de los que, solidarizándose con un crimen mayor, se creyeron obligados a exigir su castigo. Y la ofensa, que sólo podía existir para la casta que la recibió en uno de sus miembros, o para el partido político que aceptó la responsabilidad de la matanza de 1909 —rigen del gesto vindicativo de nuestro compañero—se mantiene en la rigidez de un fallo que tiene, en las leyes penales, varios atenuantes para los delincuentes de derecho común.

Ya que la ley no podía justificar la pena capital en el caso de Radowitzky, los jueces agregaron a la condena todas las excepciones del código. El carácter expiatorio del fallo está en las circunstancias de esta segunda condena: en los aniversarios de la muerte del coronel Falcón nuestro compañero debe pasar un mes en la celda de castigo, a pan y agua. Y es de acuerdo con ese concepto vengativo de la justicia de clase, que los carceleros aplican también excepcionalmente los rigores del régimen interno del presidio al hombre que desde hace 18 años purga en Ushuaia el delito de tener sensibilidad y el pecado de ser demasiado humano..

Más que la naturaleza del delito pesa en ese caso la condición de la víctima y del victimario. Un asesino vulgar, aun contando con todos los agravantes en su contra, podrá abrigar la esperanza de verse libre algún día. La ley que condena con todo rigor al delincuente habitual ofrece también la posibilidad de su rehabilitación después de cumplida la condena. En el código penal argentino antes de la última reforma, se establecía como máximo, en los casos en que no podía aplicarse la pena de muerte el presidio por tiempo indeterminado. Hay una diferencia esencial, en la doctrina y en la jurisprudencia de los tribunales, entre esa condena y la de cadena perpetua. Y, sin embargo, para Radowitzky, jurídicamente considerado un delincuente ocasional no rige la facultad de fijación de la pena, por que no hay un solo juez que se atreva a dar por cumplida la sentencia dictada hace 18 años.

Se demuestra, pues, que Radowitzky tiene derecho legalmente a reclamar la fijación de su pena; psicológicamente no se explica que se le otorgue espontáneamente ese beneficio... Perdura en el ánimo de los jueces el espíritu vengativo de la condena expiatoria. La burguesía se cree obligada a mantener en pie lo que considera un castigo por la ofensa recibida en 1909. Y los gobernantes de ahora, si bien no reivindicar para sí el origen de la tragedia, deben en cambio reivindicar la sanción vengativa de los mismos cómplices del crimen que inspiró el acto de nuestro compañero.

Nuestra campaña justiciera sólo puede tener éxito si logra despertar las simpatías del pueblo y la solidaridad de todo el proletariado con la causa del mártir de Ushuaia. El recurso legal que tenemos a mano es éste: exigir que a Radowitzky se le fije el término de su condena, de acuerdo con la jurisprudencia sentada por los tribunales en casos como el suyo. Pero ya hemos dicho que, contra el espíritu y la letra del código, está el propósito de mantener el carácter expiatorio de la sentencia.

Una circunstancia legal impidió que Radowitzky fuera condenado a la pena de muerte. Condenado a presidio por tiempo indeterminado la condena se mantiene como si se tratara de una condena perpetua. Y la dificultad reside en el hecho de que, perdurando la intención primera de los jueces —el espíritu vengativo de la ley Talión— ni el juez de la causa, si aún vive, ni ningún otro juez, aceptaría voluntariamente la responsabilidad de dar por satisfecha, a los 18 años, la que se consideró una exigencia de la vindicta pública.

Para salvar a Radowitzky del presidio y de la muerte para poner fin a la lenta agonía del hombre que purga en Ushuaia el pecado de tener dignidad hay que poner en juego todas las voluntades y todas las energías anarquistas. Ni en el recurso de fijar el período legal a una condena por tiempo indeterminado, ni la facultad de indulto del presidente de la república pueden constituir en este caso un medio eficaz. Para que tenga eficacia una u otra solución es menester que el proletariado plantee como exigencia primordial la libertad de Simón.

Es necesario pues, que la campaña ya iniciada tenga un objetivo claro y terminante. No es posible mantenerla mucho tiempo a base de sentimentalismo. Por eso hacemos nosotros la sugestión de que al exigir la libertad de Radowitzky, sostengamos que esa libertad le pertenece por derecho. Si el recurso de que se valga el gobierno para satisfacer el deseo del proletariado, tendrá tal o cual carácter, es cosa que no puede interesarnos. Lo importante es que sea el pueblo el que reclame justicia y el que abogue por la vida del mártir de Ushuaia.

La trascendencia del propósito perseguido con esta campaña nos obliga a concretar el objetivo fundamental: la libertad de Radowitzky. Pedir clemencia no es noble, ni digno, ni honrado. Reclamemos, pues, justicia. Y justo es que, a los 18 años, se abran las puertas del presidio para el compañero más querido. Si los jueces quieren ser justos y los gobernantes clementes, esta será una preciosa oportunidad. Y si unos y otros cierran los oídos al clamor del pueblo, si permanecen sordos e insensibles al pedido que formularán miles de trabajadores, no por eso daremos la batalla por perdida. Hoy y siempre, mientras dure el calvario de Simón, los anarquistas protestaremos contra sus verdugos y agitaremos su rehabilitación civil como necesaria reparación de la justicia hollada y del derecho escarnecido por los ejecutores de la ley.

II

Hemos expuesto, en parte, sobre qué bases y mediante qué clase de sugerencias puede ser realizada en todo el país con carácter permanente, la campaña por la liberación de Radowitzky. El obstáculo que puede malograr esta iniciativa no reside solamente en el motivo psicológico deducido del carácter del delito que la justicia de clases condenó en nuestro compañero; está también en el orden moral de los acontecimientos, porque sería el penado de Ushuaia el primero en rechazar una libertad conseguida mediante recursos indignos.

Recordemos que ciertos sujetos, en un período difícil para nuestro movimiento, en parte para justificar su oposición y en parte para simular consecuencia con los principios revolucionarios, propiciaron el indulto de Radowitzky. Más que con el apoyo de los anarquistas y del proletariado consciente, contaban esos elementos con la promesa de caudillos radicales que practicaban la política obrerista del señor Irigoyen. Pero la maniobra fracasó porque el hombre íntegro que se sacrificó por sus ideas y por su amor a la causa del pueblo, se opuso a que se invocara su nombre para semejante campaña y luego se negó a firmar una solicitud de indulto.

Las diferentes tentativas para libertar a Radowitzky, unas veces con evasiones preparadas en el presidio —como la frustrada de Barrera, el 7 de noviembre de 1918— y otras veces recurriendo a procedimientos legales o a campañas públicas tendientes a atenuar las condiciones del proceso, demuestran con cuanto interés y persistencia siguen los anarquistas el doloroso vía crucis del querido camarada. De ahí que en la circunstancia presente, teniendo en cuenta que hay predisposición en el ambiente popular para la nueva cruzada justiciera, tratemos de concretar el objetivo de esta campaña: la libertad incondicional del hombre que, después de 18 años de presidio, ha cumplido con exceso la condena que establece el código y fija en casos iguales la jurisprudencia de los tribunales de justicia.

Para que se comprenda la necesidad de obrar claramente en todo lo que atañe a Simón Radowitzky para el que la integridad moral vale más que cualquier beneficio material, destacaremos uno de los rasgos acentuados de su carácter: el desinterés y la generosidad. Si en el presidio sufre el rigor extremo de los reglamentos y se hace acreedor al odio de los verdugos, más que por motivos propios ello se debe a su continua lucha contra los torturadores de sus compañeros de cautiverio. Simón no puede tolerar en silencio las injusticias los atropellos y las violencias de que se hace

víctimas a los penados. Protesta siempre y, por protestar, agrava las condiciones de su condena y atrae sobre sí la furia de los más malvados cancerberos de Ushuaia.

Un episodio relativamente reciente pone de manifiesto el desinterés y la generosidad de Radowitzky. Un camarada, obsesionado por la idea fija de libertar a Simón a toda costa, solicitó y obtuvo una plaza de guardia—cárcel en el presidio de Ushuaia. Con pocos medios, porque las circunstancias impedían obrar con mayor amplitud, preparó la evasión, malograda después por una circunstancia fortuita.

Dejemos al referido camarada que explique las circunstancias que rodearon la tentativa de libertar a Radowitzky:

"Dejando a un lado los detalles, diré que, superando mis previsiones, al poco tiempo de mi llegada a Ushuaia ya disponía de todo lo necesario para proporcionar la evasión por lo menos a dos compañeros. Contento de que en parte se colmaran mis aspiraciones —libertar cuando menos a Radowitzky y a otro preso—comunicué a los interesados la buena nueva y les pedí que se prepararan cuanto antes para emprender el viaje. Inmensa alegría se apoderó de ambos camaradas y del resto de los compañeros y simpatizantes de la población penal. Pero los que resultaban favorecidos con mi decisión, me incitaron a que me esforzara por buscar los medios para facilitar la fuga al resto de los presos por delitos sociales. Les hice comprender que dado los obstáculos que impedían la empresa comenzada era muy difícil llevarla a cabo en vastas proporciones, por la dificultad de ocultar, equipar y preparar el viaje clandestino a ocho prófugos. Por otra parte corría el riesgo de ser descubierto con lo que fracasaría todo lo que yo tenía preparado.

"Una lucha de nobleza y desinterés se entabló entre los presos. Los que debían quedar en el presidio, incitaban a los dos favorecidos por la suerte a que aceptaran mi resolución. Pero éstos rechazaban el beneficio personal, empeñándose en compartir la suerte de sus compañeros de infortunio.

" En una carta que me escribió Simón, hablando de mi empeño de libertarlo, me decía: 'Hermano la desgracia ha unido mi destino a la suerte del resto de los compañeros. O nos salvamos juntos o juntos moriremos. Pero abandonarlos, ¡jamás!'

"Rápida y nerviosamente hablamos una noche: 'Sal del presidio hermano' ¡Oh! —me respondió—' he visto tanta tristeza reflejada en el rostro de mis compañeros al conocer que para ellos no había lugar, que decidí no irme!' 'Busca —me dijo—el medio que todos podamos marcharnos. 'Pero es una locura, hermano. De cualquier manera habrá que esperar seis meses lo menos para preparar lo que haría falta y tal vez fracase todo, y tú puedes irte ya'. 'y bien —replicó Radowitzky con decisión—prefiero quedarme. Esperaré tu vuelta.'

"Inicié entonces los trabajos tendientes a recabar lo necesario para una evasión que favoreciera a todos los compañeros y en esos trabajos me hallaba cuando acaeció lo que fatalmente esperaba : me señalaron. El órgano de los metalúrgicos de México 2070 dio el alerta, y fui separado del penal."

He aquí reflejada toda la grandeza de alma de Radowitzky. Se negó a evadirse por segunda vez del presidio dominado por un sentimiento de generosidad. Le dolía dejar en el infierno de Ushuaia a sus compañeros de causa y de martirio, porque para él los traicionaba al beneficiarse con la libertad que se le ofrecía al margen de las leyes. ¿Cómo puede, un hombre así, pedir clemencia a sus verdugos? El noble y desinteresado Simón morirá en el presidio si los anarquistas no obtienen para él una liberación noble y justiciera.

La libertad de Radowitzky es, pues, un problema moral, de justicia y de solidaridad humana. Sólo por una conquista de los anarquistas y del pueblo, los únicos que pueden forzar a los jueces y al gobierno a dar por cumplida su condena, aceptará nuestro compañero el beneficio que otros buscan mendigando indultos o pidiendo clemencia.

III

Si algún beneficio puede obtenerse de la corriente de simpatías despertadas en el pueblo por la tragedia de Dedham, Mass., será el correlativo a la conquista de nuevos militantes para nuestro movimiento y a la amplitud de la esfera de acción de la propaganda anarquista en la masa trabajadora. Es sobre la base de las consecuencias morales que ha tenido el asesinato jurídico de Sacco y Vanzetti, y no sobre el hecho material deducido de las sanciones punitivas que tratan de forzar los que ven las cosas a través de sus mezquinas pasiones o de pequeñas conveniencias partidistas, que el anarquismo puede reivindicar, con la inocencia de los dos sacrificados, el espíritu justiciero y humanitario que inspiró los actos más violentos de sus hombres.

La fuerza de un ideal no está en lo que se niega, sino en lo que afirma. Un gesto de fuerza puede justificarse cuando tiene una explicación psicológica, cuando traduce el dolor y la impotencia de todo un pueblo, cuando lleva implícito el desinterés, la nobleza y el altruismo del que lo realiza. Pero es ineficaz, contraproducente y absurdo, cuando responde a sugerencias vulgares o traduce un signo de cobardía disfrazada con la teatralidad del ejecutor.

Para explicar los movimientos colectivos de simpatía con ciertos actos individuales, es necesario tener en cuenta el móvil altruista que los inspiró y los factores circundantes que contribuyeron a idealizarlos. Sacco y Vanzetti, por su entereza moral, por la fortaleza de ánimo que demostraron durante siete largos años de martirios, merecieron el apoyo y la simpatía de millones de hombres muchos de ellos adversarios de sus ideas. Y en esas condiciones psicológicas, aun cuando la justicia pudiera probarles un delito cualquiera proclamaría su inocencia la opinión mundial precisamente porque el factor delictivo desaparece frente a los factores éticos que abonan la grandeza espiritual de los dos victimados.

Es sobre esa base moral, despojando al delito de todo lo que lo hace repulsivo, que los anarquistas podemos justificar a nuestros "delincuentes". La delincuencia es un factor histórico y social sujeto a diversas interpretaciones. En las leyes no es siempre criminal el que comete un crimen, ni ladrón el que roba. Depende la calificación del delito de conceptos éticos dependientes casi siempre del prejuicio de casta o del interés de clase. Un general que dirige una batalla un juez que manda a la

horca a un inocente, un capitalista que condena a hambre a miles de productores, a pesar de atentar contra la vida de los semejantes no cometen un acto delictuoso. A lo sumo, según las "leyes morales" de la burguesía, incurren en error si pierde el primero la batalla si juzga mal el segundo y si queda en descubierto el tercero.

La misma conclusión moral. y psicológica deducimos nosotros de los actos individuales. La ley los condena, porque constituyen delito: porque lesionan los intereses consagrados y atacan los fundamentos morales de la sociedad capitalista. Pero un hecho, aun cuando sea reprehensible en el concepto de la burguesía, puede tener una justificación ética y llegar a constituir, en el espíritu de los hombres desprejuiciados, un caso de justicia.

En el caso de Sacco y Vanzetti se trataba de un evidente propósito de venganza. Los jueces los condenaron por un delito que moralmente no podían haber cometido. No existía, en consecuencia, el factor psicológico que ampara casi siempre los errores de la justicia histórica. Sin embargo, probado el delito, la justificación existiría también, por las circunstancias mismas que rodearon el primer capítulo de la tragedia: las salvajes persecuciones de los obreros revolucionarios en la plutocracia del dólar.

Partiendo de la misma base, esto es, teniendo en cuenta que a Sacco y Vanzetti los absolvió la opinión mundial contra los fallos condenatorios de la justicia codificada, y que esa absolución respondió a un profundo proceso ético determinado por la grandeza espiritual de los dos procesados, podemos nosotros reivindicar el gesto de Simón Radowitzky y abogar por su inmediata liberación.

Hay causas sociales que justifican el episodio de 1909. Desconocerlas es negar la virtud misma de la justicia, que si existe aún en el mundo es porque se sustrae a las rigideces del código y rompe la muralla de la iniquidad hecha ley. Justificando el "delito" de Radowitzky y poniendo de manifiesto su grandeza espiritual, su desinterés y su fe en los ideales de humanidad, ¿no proclamamos de hecho su libertad?

El espíritu vengativo de los jueces, el prejuicio que alienta la inmisericorde expiación de un delito suficientemente purgado, el odio insatisfecho de la burguesía criolla y el temor a que el ejemplo de su clemencia armara el brazo de otros vengadores del pueblo, constituyen el más poderoso obstáculo para la realización de nuestro objetivo. Pero Radowitzky no podrá ser presentado nunca ante la opinión pública como un criminal, del que es necesario prevenirse manteniéndolo para toda la vida en el ergástulo fueguino. Demasiado saben los gobernantes que el hombre que condenaron en 1910, bajo la presión de una era de terror, envejecido en el presidio conserva la pureza de alma que albergaba en su corazón de niño. Y un presidiario que, después de 18 años de encierro conserva su fe y su hombría, que sigue siendo bueno en medio del mal, no puede ser peligroso más que para los malvados.

La libertad de Radowitzky es un problema moral. Constituye para nosotros una reparación justiciera, porque mientras se condenó su acto con todo el rigor de la ley, el crimen que le llevó a delinquir aún continúa impune.

Debemos, pues, crear el ambiente psicológico necesario, las condiciones morales imprescindibles para que la causa de Radowitzky se convierta en la causa del pueblo. La liberación de nuestro compañero sólo podrá obtenerse a costa de un amplio movimiento de simpatía y solidaridad. Y esto es lo que tratamos de iniciar

nosotros al llevar al pueblo, en última instancia la apelación de un proceso fallado y de una pena cumplida con exceso.

Todas las voluntades y todas las energías son necesarias para esta cruzada justiciera. Traicionan la causa de Radowitzky y conspiran contra la fortaleza espiritual de nuestro movimiento todos los que, en lugar de prestar atención al campanazo de alarma, ofician de gansos en el Capitolio del cisma, de la insidia y del personalismo.



Radowitzky en la guerra española

DOS CARTAS SOBRE LA VIDA EN EL PRESIDIO

*A la Federación Obrera Regional Argentina**

Compañeros trabajadores, salud: Sin esperanzas, pero resignado, enfermo y debilitado, pero con valor, esperaba tranquilamente en mi larga y silenciosa reclusión entre cuatro paredes, sin ver la luz del día, sin poder hablar con nadie, esperaba tranquilamente y con firmeza la muerte. Otros reclusos, no pudiendo resistir las crueles persecuciones, se han ahorcado; otros murieron anémicos, tuberculosos; tened presente, compañeros, que al que entraba en "reclusión permanente" se le prohibía la lectura, la correspondencia; no podía fumar ni tomar siquiera un mate amargo y sólo se le daba media ración de comida. Yo tenía unos libros en la celda y cuando lo supieron me los retiraron y me pusieron luz en la puerta y en la ventana; los libros no había podido leerlos por falta de luz. Pero no se conformaron con eso de tenerme a media ración e incomunicado rigurosamente; inventaban, buscaban pretextos y así venían, cada dos o tres días, cuatro o cinco guardianes encabezados por Sampedro, me llevaban a un calabozo y me obligaban a desnudarme completamente para revisarme. Muchas veces, por estar con fiebre, me negaba a desnudarme; entonces me amenazaban con la fuerza. Y en mi celda, ¡qué no hacían! Me lo revolvían y rompían todo; me quitaban lo que les daba e mandó mi padre, y cuando ya no tenían más que quitarme, Sampedro me sacó la bombilla de tomar mate. Verdaderamente era curioso ver las requisas; cada guardián parecía que tenía una gran satisfacción en llevarse algo ; hasta la botella del remedio se llevaron y cuando tenía que tomarlo golpeaba en la puerta y el guardián me lo daba, volviendo a llevársela en seguida. Reclamé la botella y me contestaron que reclamara a los superiores.

El aniversario de mi evasión la banda estuvo tocando bajo mi ventana desde las ocho hasta las once de la mañana; igualmente a la tarde desde la una hasta las seis; ellos se divertían para hacerme recordar la fecha de mi fracaso. Creían molestarme esos treinta hombres con un maestro de música, creían mortificarme, pero yo me reía de la perversidad de mis verdugos.

* De esta carta, publicada por primera vez en el diario "Tribuna Obrera" en el año 1921. que aparecía entonces en lugar de *La Protesta*. prohibida por la policía, se hizo una edición de treinta mil ejemplares, por suscripción popular, bajo el título de *La voz de mi conciencia*. La reproducimos hoy en vista de haberse agotado hace tiempo, y porque caracteriza el modo de ser del mártir de Ushuaia

Por falta de alimentos, por falta de asistencia médica (en ese tiempo al médico Izaza le prohibieron la entrada al presidio por protestar contra el abuso de los calabozos), por falta de aire y de luz enfermé. Solicitaba al enfermero y para hacerlo venir tenía que gritar desde la ventana, pues los guardianes no avisaban a la guardia y se disculpaban diciendo que se habían olvidado.

Mis verdugos, al cerrar la puerta, después de la requisa, hablaban en voz alta para que les oyera: "Este no quiere morirse está enfermo no come y está flaco y no le dan ganas de ahorcarse."

Un día, como no comía la carne ni los guisos solicité se me diera un plato de sopa de enfermo y el guardián me contestó: "más pronto le darán una soga que la sopa". Por pura curiosidad un día varios oficiales de un buque solicitaron verme y cuando se abrió la puerta... Se estremecieron al ver el estado en que me encontraba. Un oficial inconscientemente, me preguntó si estaba a pan y agua y el guardián contestó que yo no quería comer. Les dije que hacía más de un año que estaba pidiendo se me diera por toda comida un plato de sopa y que me mantenía... moralmente. Entonces Miguel Rocha, que era el jefe interino de la alcaldía ordenó me dieran la maldita sopa con unas papas: a los pocos días me la retiró. Pero eso no es nada: cuando llegó el buque escuela, el médico de abordo hizo varias visitas; solicité una y después de muchas vueltas me llevaron a presencia del médico, acompañado de cuatro vigilantes, por temor de que hablara del estado en que me encontraba.

Cuando le dije que hacía dos años que estaba recluido sin salir de la celda, no pude seguir hablando más porque el jefe de vigilancia metió la nariz en el asunto y el médico se retiró. Entonces pedí que me revisara; me rodearon, y bajo las miradas inquisidoras de los guardianes el médico cumplió con su misión humanitaria comprobando que yo estaba enfermo de inflamación crónica a la garganta y debilidad pulmonar. Me recetó un buen remedio pero una vez que se fue el buque no me quisieron dar el medicamento ni curar, y la enfermedad seguía su curso.

En la cuarta celda del pabellón So, donde me encuentro, estaba también recluido, en las mismas condiciones, el compañero Avelino Alarcón, que fue castigado con quince días de calabozo a pan y agua por ser íntimo amigo mío y anarquista. Palacios lo hizo recluir después del calabozo. Al poco tiempo enfermó. Un día envió una carta a la alcaldía solicitando asistencia médica y le contestaron que se dirigiera al director.

Al mismo tiempo, Miguel Rocha ordenó que no se le diera papel ni lápiz y que no se permitiera a ningún recluido enviar carta alguna sin su conocimiento, fuera al director o a la familia. Alarcón se agravaba más cada día. Muchas veces yo llamaba al enfermero y le pedía que le hiciera dar algún medicamento para que pudiera mantenerse hasta que llegara un médico de Buenos Aires para el presidio. Me contestaba que iba a hablar con Palacios y así pasaban semanas y meses. Un día conseguí un poco de aceite, azúcar, té y leche condensada; pedí al guardián si quería hacer el favor de dárselo a Alarcón, pero se negó y cuando vinieron a requisarme me atrevía pedirles a Sampedro y al jefe de servicio, González; les rogué, me humillé ante esas dos hienas, pero aseguro que es más fácil conmovier a una piedra que el corazón de estas bestias; les dije que el azúcar era mío, que él no comía nada y me contestaron: "cuando tenga hambre comerá". Pocos días después, a fuerza de insistir ante los guardianes, logré que le llevaran unos pocos víveres. Lloró Alarcón, pues sabía el sacrificio que tenía que hacer yo para poder ayudarle en algo. Preguntaba

siempre a los guardianes cómo se encontraba Alarcón (algunas veces de noche hablaba con él algunas palabras en un descuido de los guardianes pero nos denunciaron y la dirección dio la orden de castigar con quince días de pan yagua al que hablara) ; algunos decían la verdad, otros mentían. Un día, a la hora de la comida, cuando abrieron la puerta de la celda de Alarcón, noté mucho silencio; después que repartieron la comida, llamé al guardián y le pedí que me dijera la verdad de cómo se encontraba Alarcón. Me dijo que estaba muy grave. Pedí al guardián X su palabra de que avisaría al enfermero; pocos momentos después vino el enfermero y le dijo al guardián; "está grave, pero tengo que consultar con G. N. Palacios y M. Rocha". Cuando les dijo que era necesario llevarlo al aislamiento Rocha y Palacios le preguntaron si estaba seguro de que Alarcón iba a "morir", y ante la afirmación del enfermero dieron orden de trasladarlo al aislamiento. A eso de las seis de la tarde sentí que los guardianes hablaban de que iban a llevarlo; golpeé la puerta los guardianes me abrieron; casi a la fuerza llegué a la celda de Alarcón; no querían abrir la puerta; yo les dije: "pues, en vez de llevar un cadáver llevarán dos". Abrieron al fin... Cuando me vio hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse. Era un esqueleto hermanos... Me dijo: "mi muerte se aproxima; muero tranquilo, he luchado por nuestro ideal por el bien de los trabajadores he sido siempre leal con mis amigos y justo en mi proceder". Los guardianes que estaban presentes no pudieron ocultar las lágrimas al ver abrazadas a dos víctimas de la sociedad actual. Por temor de que alguno nos viera y los echaran a la calle, los guardianes no me dejaron más que un minuto. Pocos días después el 15 de septiembre, murió Alarcón en el aislamiento.

Compañeros: vosotros podéis juzgar cuál sería mi estado viendo morir a mi lado a un compañero, a un hermano y no poder ayudarle y aliviarle en su martirio. Poco tiempo después mataron de igual modo al penado número 452 (Carlos Barrera). Este tuvo un cambio de palabras con varios guardianes; lo apalearon y lo pusieron en el calabozo con orden de tenerlo a pan y agua hasta que cayera y así lo tuvieron hasta que no pudo levantarse para recibir el pan y el agua; entonces le trajeron el colchón y le dieron la media ración de comida, quedando recluido. Pocos meses después, a consecuencia del encierro y las heridas que recibió en la lucha con los guardianes enfermó. Solicitó asistencia médica y le contestaron: " sos un buen pillo te hacés el enfermo para que te levanten la reclusión". El dolor que sentía le obligaba a quejarse y, un día ignorando yo quién era el que se quejaba, pregunté al guardián. Me dijo: "Es el 452 que se hace el loco para que le levanten la reclusión". Yo le demostré que él era demasiado hombre para fingirse enfermo y que lo hicieran ver por lo menos con el enfermero, pero me contestó que el jefe de servicio, González le dijo que se iba a curar solo. Así, poco a poco, fue perdiendo la razón; cantaba, chiflaba. Una noche yo lo llamé y le dije: "compañero, haga el servicio' si le es posible, de no chiflar de noche, en vista de que yo también estoy en cama enfermo" y me contestó: "hermano, disculpe, no puedo, me han envenenado" y siguió quejarse: ¡Ay!... ¡Ay!

Como se quejaba mucho, de día y de noche, el inspector de vigilancia, González fue a la dirección diciendo que había un recluido que se hacía el loco y el enfermo, y Palacios y Rocha ordenaron (así me lo dijo el guardián): "Déjenlo a pan y agua, le vamos a hacer pasar la locura". Así estuvo hasta que un día el guardián comunicó a la guardia "parece que el 452 está mal". Vino el jefe de servicio para convencerse si

era verdad y al rato llegó el enfermero. Este, después de verlo, fue a la dirección y le hicieron la misma pregunta que cuando estaba moribundo Avelino Alarcón, sí estaba seguro de que iba a morir. Trajeron la camilla lo llevaron a la enfermería y al otro día murió... pidiendo agua.

Compañeros: la emoción no me deja escribir; recuerdo lo que he visto en los diez años que llevo en el presidio, de los cuales más de seis los he pasado en los calabozos, con veinte y treinta días a pan y agua, en reclusiones y clavada en la ventana una chapa con unos agujeritos por los que apenas pasa un fósforo, oyendo a mi lado los gritos de "no me peguen mas, por favor, un poco e agua, y en el el invierno los presos sin pilchas en los calabozos, no pudiendo resistir el frío, pedían que los mataran de un tiro, que sería más humano.

Poco tiempo después de haber muerto el penado 452 (Carlos Barrera), se ahorcó el 122. Ignoro cómo se llamaba; estaba también recluido, Unas semanas después, a fuerza de calabozos por treinta días a pan y agua, mataron al 629. Un tuberculoso (Lastra, 450) también murió. Un día, a la hora de requisa, un guardián me dijo: "cuidado con romper las sábanas", Le pregunté por qué me decía eso y respondió, con una sonrisa en los labios que a la hora de dar el café el recluido 632 lo encontraron ahorcado con un pedazo de sábana. "¡Eh, cuidadito con no romper las sábanas!"

Yo estaba en cama, enfermo; no podía levantarme; lo insulté y de haber tenido fuerzas le hubiera tirado el "zambullo" a la cabeza. Lo insulté, lo mandé a...

Para ellos era un placer, en vista de que yo me debilitaba, me consumía en el encierro, venir cada día a mortificarme. De repente, un día viene un guardián y me pregunta si conocía al recluido 35 Luis Burgatto; contesté que yo no tenía que darle cuenta de nada. Entonces me dijo: "parece que se hace el loco". Al oír esto me estremecí. Ya hacía varias noches que oía a uno hablar solo. ¡Qué no habrán hecho con él! ¡3 días a pan y agua por conversar; 30 días por haber alcanzado a un castigado a calabozo un pan de contrabando!; la larga reclusión, la media ración de comida, los gritos de "no me peguen" que llegan de los calabozos, los ayes de los enfermos, han influido sobre él y perdió la razón. Una vez que gritaba que quería hablar con el alcaide, lo cambiaron de celda porque la ventana estaba frente a la guardia y lo pusieron en otra que quedaba frente a la mía. La mayor parte de los días lo dejaban sin comer porque gritaba: "¡hace dos años que estoy recluido; hombre, hombre, soy inocente... me han envenenado... alcaide!"

Por orden del jefe de servicio, González, un día lo dejaron no sólo sin comida, sino también sin agua y con unas tablas le clavaron la puerta. El penado 35 se enfureció y con las tablas de la cucheta principió a golpear la puerta. Yo llamé al guardián le rogué que le diesen mi ración de pan y comida para que se tranquilizara, pues estaba enfermo de la mente. Me contestó que no estaba enfermo, que fingía estarlo. Los guardianes venían para divertirse con él y cuando llegó la noche vino Sampedro con su cuadrilla para llevarlo al calabozo. Entonces, él, al ver muchos guardianes, se negó a salir de la celda y gritaba: "mátenme, mátenme... " Sampedro decía: "me cago en Dios, si no vas por las buenas te llevaremos arrastrando". El enfermo al oír esto agarró una tabla de la cucheta y gritó: "al que entre le rompo la cabeza; ¡socorro, socorro!"

Compañeros: frente a mi celda se asesinaba a un ser humano... yo no pude aguantar más, golpeé la puerta, llamé a los guardianes, les expliqué que si le daban

comida se quedaría tranquilo; que él estaba enfermo y sin embargo lo dejaban sin comer cuatro o cinco días por semana y que así forzosamente cualquier hombre se vuelve furioso. Me contestaron que no me importaba nada y me cerraron la puerta. En vista de que se negaba a ir al calabozo y sus verdugos temían que les rompiera la cabeza, hicieron lo siguiente:

En el presidio hay un guardián, Miguel Bolano; este hombre era respetado por los presos; lo llamaron (todo lo que relato lo he oído yo mismo) y Sampedro dijo: "a ver si lo cambia de celda para quitarle las tablas, y después le daremos el colchón y la comida." El guardián Bolano se arrimó a la puerta y le habló así: "Oiga Bugatto ¿cómo le va amigo? Hoy lo dejaron sin comida pero venga conmigo, lo cambiaremos de celda porque esta tiene la puerta rota", pero el enfermo se negó diciendo que lo mataran y pronunciando algunas palabras incomprensibles. El guardián insistió: "mire, 35, usted sabe quien soy yo, que no lo voy a engañar; le vamos a cambiar de celda y después yo mismo le voy a llevar el colchón y la comida; y le doy mi palabra de hombre".

Le creyó el 35 y fue a la otra celda... que era el calabozo, y antes de que se diera cuenta de donde estaba, le cerraron violentamente la puerta. El guardián Bolano volvió a la celda de Bugatto para llevarle el colchón y las frazadas, pero Sampedro le gritó que se fuera a la guardia que allí no había nadie. Así cobardemente engañaron al guardián y al preso. A Bugatto lo tuvieron dos días con agua sola y cinco noches sin frazadas, y luego a pan y agua hasta que no pudo caminar. La intención de la guardia era hacerlo morir como a Alarcón y al 452, pero en ese tiempo llegó el médico del establecimiento y un compañero fue a decirle que en el pabellón que se encontraba gravemente enfermo un recluso. Lo visitó el médico, le recetó unos remedios y ordenó que le dieran la cucheta y el colchón; pero ellos querían seguir en la misma forma. Una semana después volvió el médico a verlo porque gritaba continuamente de noche: "hombre, madre mía... vení ¿dónde estás?" Al día siguiente de haberlo revisado el médico, fueron los verdugos a la celda, lo dejaron a pan y agua y le quitaron el colchón y las frazadas. Como estaba en cama sin fuerza para caminar, lo tomaron a garrotazos, le quitaron el colchón y las frazadas, se llevaron hasta el tacho en que orinaba y tuvo que hacer todas sus necesidades en el suelo. La dirección, para evitar que algún preso diera cuenta al médico, ordenó que a las consultas asistiera un jefe de servicio, con lo que estaban seguros de que nadie se atrevería a hablar nada de lo que ocurría en el pabellón 5°. Pero en el momento en que el médico fue al hospital, un preso de pasada le avisó que en un calabozo del pabellón 5° estaba moribundo el penado 35. Volvió a ordenar el médico que le dieran comida, colchón y ropa, pero sus verdugos querían salir con la suya y le dieron media ración y una frazada y recién cuando corrió el rumor de que venía una comisión al presidio, le dieron el colchón.

Compañeros: tened presente que lo que os digo en esta carta es una parte solamente de lo que vi y oí en los dos años que llevo recluso en el pabellón 5°. ¡y las palizas en los calabozos, bajo mi celda, y sentir cómo lloran por los golpes y el hambre! A decir verdad a mí tampoco, cuando estaba sano, la comida, la media ración no me alcanzaba; había noches en que el hambre no me dejaba dormir. ¡Y pensar que bajo mi celda había otros que no tenían ni siquiera un poco de agua, ni un colchón... tirados en el suelo en las noches del invierno... los ayes, los gritos! Era verdaderamente como para volverse loco, y mis verdugos cuando sacaron a Bugatto,

pusieron en la celda a un loco, el 406 que a fuerza de reclusión, calabozos y palizas, perdió la razón y se pasaba el día y la noche repitiendo este estribillo: "La verdad de mis verdades son puras verdades y las verdades que yo digo son verdaderas verdades". Como me era imposible seguir así pues no podía dormir por sus "verdades" que cantaba en voz muy alta pedí que me cambiaran de celda. Me contestaron: "así se divierte y no se aburre pero si quiere daremos cuenta a la dirección". ¿Sabéis lo que hicieron? Viendo que yo me agravaba, que no comía y que dormía poco, todas las noches a las 12 y a las 4 abrían la puerta de mi celda y me despertaban diciéndome: "¿Cómo va?" Pedí que por lo menos de noche me dejaran tranquilo y me contestaron que era orden superior venir a verme dos veces por la noche, por "temor" de que me ahorcara... y desde hace más de un año tengo frente a mi celda al loco que me está cantando "la verdad de mis verdades" etc., etc....

Pero no es el mismo loco. Antes había otro, pero curioso; soñaba y deliraba, se despertaba gritando socorro y llamándome: "*Simón, por favor, desátame el nervio que me han llevado al infierno y me han amarrado il cuore...*" Lloraba, gritaba. Los guardianes, ¡idiotas! venían por la noche a divertirse con él; hay otro que delira que le mataron la mujer y los hijos. A ese hombre un oficial de policía, en Córdoba, le deshonoró una hija, y la puso en una casa de prostitución. Al saberlo él, mató al oficial y lo condenaron a 25 años de presidio. Desde que llegó aquí perdió la razón. Al principio, como era costumbre, decían que se hacía el loco, pero ya van tres años que está demente, y que no han hecho con él! Es verdaderamente incomprensible que no haya muerto por los malos tratos que recibió. No volverá a recobrar la razón nunca más. No sé cómo se llama; tiene el número 273.

Desde el 30 de noviembre de 1918 hasta el 7 de enero de 1921, estuve entre cuatro paredes, sin ver la luz del día y a media ración. Y con ésta van cuatro reclusiones que sufro. La primera fue desde marzo de 1912 hasta octubre de 1913; la segunda desde febrero de 1914 hasta diciembre, y la tercera desde octubre de 1915 hasta el 25 de mayo de 1916. En cada reclusión que entraba, primero me tenían 20 o 30 días a pan yagua; después, cuando trabajaba, sufrí muchas calaboceadas.

El 3 de enero, a la hora de la comida, se me presentó en la celda el inspector de justicia, doctor Víctor Barón Peña. Me preguntó cómo me llamo. Le dije mi nombre. Aunque ya sabía quién era él, para mayor seguridad le pregunté:

—¿Es usted inspector de justicia?

—Sí.

Quise hablar, pero me dijo que siguiera comiendo que ya me llamaría al día siguiente. Así fue.

Al otro día a la tarde, me llamó a la dirección y, debo confesarlo: apenas tenía fuerzas para caminar y estar de pie. El inspector de justicia tuvo que darme una silla en la que me senté para poder declarar. Hablé; hablé mucho; conté todo lo que vi y sufrí desde el día que llegué al presidio; todas las reclusiones, los calabozos, las persecuciones de que son víctimas los presos. Me atendió muy bien: me dijo que todo cambiaría, que él venía con una misión humanitaria y a hacer justicia. Le demostré que en muchas intervenciones, cuando llegaban, a los presos se les trataba bien y al día siguiente de haberse embarcado los interventores, de vuelta para la capital, se volvía en el presidio a los procedimientos antiguos.

Me aseguró que esta vez no sería así y que tendrían que cumplir las órdenes que diera; que a los presos se les trataría humanamente. Después desfilaron ante él todos los reclusos. Algunos al ir a la dirección se caían entonces; el inspector fue hasta las celdas y allí el hombre tuvo que hacer esfuerzos para contener las lágrimas, al oír que por pedir un recluso al jefe de servicio, González, que le hiciera curar, pues estaba enfermo, y por haberle dicho eso desde la ventana, lo tuvo 37 días a pan y agua (en el momento en que escribo está moribundo; ayer lo llevamos yo y otro compañero al aislamiento); y los padecimientos inauditos de otros que se volvieron locos por el hambre y las palizas; otros que estaban desde hacía más de dos años sin camisa y otros (un loco que lo insultó) que por hablar por la ventana sufrieron 30 días a pan y agua, y cuando se le antojaba a Sampedro llenaba los calabozos. El inspector verdaderamente es digno de admiración; compañeros: ha hecho honor a la justicia. Hasta la una de la mañana iba de pabellón en pabellón y de celda en celda. Suspendió a Palacios y a Rocha; despidió seis celadores, y el 7 de enero levantó la reclusión a todos los que estábamos en el pabellón 5°. Desgraciadamente para mí y otros reclusos, un poco tarde se abrió la puerta; pero, por lo menos, tendré una satisfacción al morir; haber visto un ser humano y la luz del ella.

Y no sólo esto hizo el inspector, que era un hombre, un hombre de honor. El día que habló conmigo, al retirarme le dije que si quería tener las pruebas de las palizas que pegaban en los calabozos, en el pabellón donde yo estaba recluso podía encontrar los palos y una goma llena de arena; le indiqué el sitio donde los tenían guardados; fue allí, los encontró y encontró algo más.

Los de la Dirección, es decir, Palacios y Rocha le dijeron que los garrotes eran de los presos (cuando encontró los garrotes se presentó al jefe de vigilancia José Muzzo y cuando el inspector le preguntó para qué estaban allí los garrotes no supo contestar nada, se quedó confundido) y que nosotros teníamos armas de fuego, cuchillos dagas, etcétera.

Al día siguiente el inspector ordenó que todo el personal se presentase a las tres de la mañana; ellos creían que era una orden nueva o alguna maniobra. A las tres se presentó el inspector y dio orden de requisar las celdas. Desde las 3 hasta las 9 de la mañana duró la requisa que se efectuó en presencia del inspector, y lo único que encontraron fueron yesqueros... con eslabones. Se rió el inspector y preguntó si aquí los yesqueros eran armas de fuego y las cuchillas... unos pedazos de lata que tenían los presos para cortar la carne. Entonces comprendieron que el inspector no había venido a oír la banda de música y asistir a banquetes, y los guardianes y algunos presos empezaron a fomentar discordias en los pabellones aconsejando a los presos que no fueran al trabajo; pero todos los penados se dieron cuenta y denunciaron al inspector los guardianes que daban lugar para que se hicieran desórdenes y que se sublevaran los presos; todo fue inútil: los presos estaban unidos y se portaron muy bien en las declaraciones.

Pocos días después llegó en el crucero "San Martín" una comisión compuesta por cuatro diputados. Primero fueron al pabellón 5°. Al llegar a mi celda me preguntaron por qué era tan perseguido en el presidio. Hablé más de dos horas; lo descubrí todo: cómo se nos trata aquí, los castigos, las reclusiones, etc., etc. No pude hablar más, pues estoy enfermo de la garganta y se me cortó la voz. Fueron a las otras celdas y se horrorizaron al ver a los demás reclusos. "Verdaderamente —dijeron—, está justificada la fama de que goza este presidio". Cuando fueron al aislamiento, donde

casi todos los enfermos son víctimas del pabellón 5°, huyeron no pudiendo ver a los moribundos ni a los tuberculosos escupiendo sangre.

Compañeros: trabajadores: en nombre de todos los que se encuentran en el presidio, mis compañeros de infortunio, os saludo y agradecemos vuestra iniciativa contra los crímenes de este sombrío presidio.

Simón Radowitzky.

Presidio de Ushuaia. Enero de

1921.

Posdata. Ahora el presidio marcha regularmente, pero...ayer pusieron un nuevo reglamento por el que parece que volveremos a estar como antes. Veremos. Para clavar la chapa de que les hablo en esta carta, hacen la siguiente: Quitan la ventana, y como la chapa tiene la misma medida, la clavan y el penado tiene que soportar el viento helado que entra por los 400 agujeritos, tan pequeños que apenas pasa por ellos un fósforo.. En esta forma encontró el inspector, recluido a mi amigo Enrique Arnold (165). Según el médico, si permanecía un mes más así hubiera muerto. Ese recluido estaba enfermo y lo perseguían como hombre intelectual porque no quería vender su pluma al mayor Grandón, y a G. N. Palacios. Es digno de admiración por lo que ha sufrido por el bienestar de los presos.

Simón.

... "Como podrás comprender, no era posible decir en telegrama anterior qué trabajo hacía y bajo qué condiciones. Pero las circunstancias me obligan a decir la verdad. Yo no hubiera querido manifestarle nada de esto; tengo todavía bastante valor y espíritu para soportar las persecuciones de mis carceleros; pero como pronto oirás decir que estoy otra vez en el calabozo, te quiero explicar lo que sucede.

"El primer día que la nueva Dirección se hizo cargo del presidio fui castigado con calabozo a pan y agua. Nadie sabía por qué; me tuvieron un tiempo y me sacaron dejándome incomunicado. Hasta hoy sigo ignorando la causa de una cosa y de la otra. Días después el director Palacios y toda la comitiva fueron y me sacaron todos los libros, papel de escribir, tinta; en fin, me dejaron la celda sin un pedacito de papel, y esa misma tarde vino una orden de recluirme, otra vez a pan y agua. A los pocos días me llamaron a la guardia y me leyeron una orden en la que decía: 'Por disposición del señor director le queda levantado el castigo...'"

Fui a trabajar a la cantera; trabajé unos pocos días, es decir, hasta que me volvieron a recluir. Me tuvieron otra temporada a pan y agua y me volvieron a levantar el castigo mandándome a trabajar, a trabajo forzado.

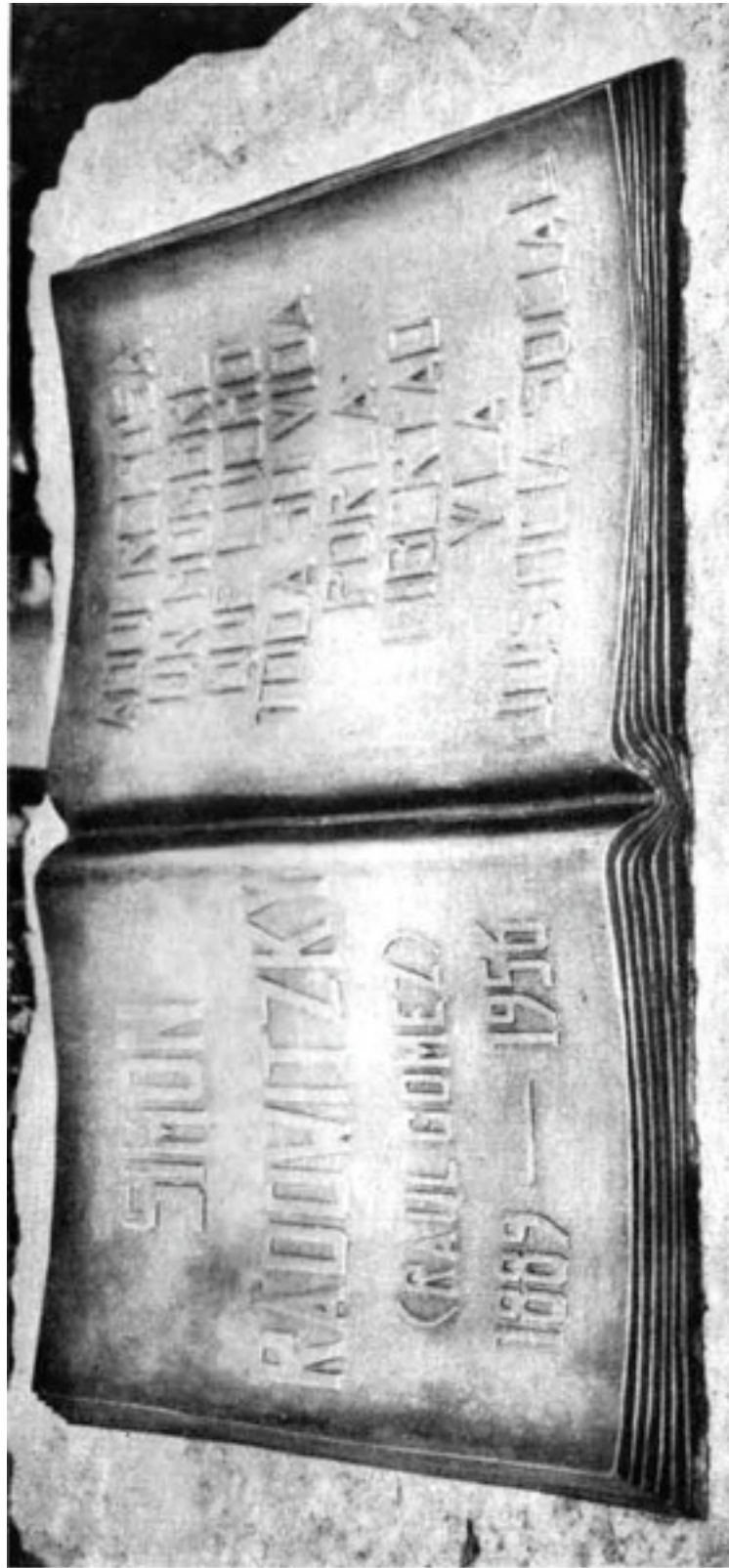
Toda changa pesada y que sea humillante para mí, me la guardan. Estoy aislado y completamente incomunicado y con orden de que no se me tolere ni el uso de la palabra. Como ahora entró en todo el rigor el calabozo a pan y agua quieren concluir conmigo a fuerza de trabajo y calabozo,

No escribo esta carta en son de queja o protesta; no, no es mi intención; únicamente espero decirte que mi persecución se debe a varios individuos que hay aquí y que son de la "Liga Patriótica". Uno de ellos es un tal Bazán que según he oído decir fue jefe de una brigada de la Liga en Córdoba. Pues ese y otro más parece que deliran conmigo.

Pero como yo me considero superior a ellos y un día les dije que ni ellos ni nadie me han de quitar mis derechos como hombre y mi dignidad de anarquista, no saben qué mal hacerme desde entonces. Por consejo de varios compañeros yo voy a trabajar, al trabajo forzado para no darles el gusto de que me tengan a pan y agua. Pero no sin o para aguantar las prohibiciones que ahora me han puesto mis verdugos; tengo valor y no me doblegarán.

Tal vez cuando llegue a tu poder yo estaré en el calabozo; pues si no modifican mi trabajo me negaré a seguir trabajando y que venga lo que les parezca a estos miserables. Porque una cosa es escribir y otra cosa es sentir todo este rigor y mi paciencia ya se acaba, sobre todo con el modo que tienen de mandarme en el trabajo y las órdenes que tienen los guardianes. Han llegado hasta cometer la estupidez de poner en los libros de la guardia que estoy a trabajos forzados y con doble vigilancia... "

Junio de 1924.



Mausoleo donde descansan los restos de Simón Radowitzky

SIMÓN RADOWITZKY EN EL URUGUAY

No voy a consultar archivos ni a revolver los papeles que duermen en algún baúl desde hace un cuarto de siglo. Un día u otro habrá que hacerlo, para hablar de Simón Radowitzky desde el punto de vista de la historia. Durante veinte años su nombre ha sido un símbolo para los trabajadores de América del Sur, especialmente, como es natural, para los argentinos, que se agitaron muchas veces para obtener su liberación del presidio de Ushuaia, adonde había sido enviado aún adolescente, y donde vio perderse, entre persecuciones mezquinas y con la única perspectiva de la locura o la muerte, los años mejores de su vida. Habrá que ojear la colección de “La Protesta” y de su Suplemento para reconstruir la historia de esos años, releer esas cartas conmovedoras que el preso, muy de tarde en tarde, conseguía hacer llegar a sus compañeros libres y activos en Buenos Aires y delinear sobre estas bases, para los jóvenes, su recia figura de militante. Hoy, bajo la penosa impresión de su muerte, prefiero dejar hablar a mis recuerdos.

Liberado del presidio en 1930 por la presión de las manifestaciones populares que se sucedían en su favor y que parecían, en la Argentina, la continuación de las que habían sacudido la América entera en un estéril esfuerzo por salvar la vida de Sacco y Vanzetti fue inmediatamente expulsado y, conforme a la tradición de ambos países platenses, embarcado para el Uruguay. Yo también, en ese entonces, era aquí una “recién llegada” y estaba tratando, con mis padres, de superar lo más rápidamente posible el periodo, ineludible, de aclimatación espiritual. Simón vino a vernos con unos compañeros en los primeros días de su estancia en Montevideo. Y enseguida fuimos amigos.

Era un alma sencilla y sincera, sin complicaciones ni “*complejos*”, que salía del infierno con la misma profunda honestidad y con el mismo amor confiado por sus semejantes con que había entrado en él: un alma milagrosamente invulnerable. “*Simón, un niño grande*”, decían los compañeros que no podían explicarse de otro modo esa confianza en la vida de quien había pasado por las más horribles experiencias. A mí me parecía en cambio el resultado de una fuerza interior, madurada en el sufrimiento, que había luchado para devolver intacto a la gran familia de los que luchan por la libertad un espíritu de veinte años en un cuerpo de cuarenta, prematuramente envejecido por los padecimientos. No se debía esa confianza juvenil a las ilusiones de la ingenuidad, sino al optimismo sereno del “*hombre de buena voluntad*”. Si los peores delincuentes, en Ushuaia, se tragaban en

su presencia las palabras soeces, no lo hacían por compasión hacia el niño, sino por respeto hacia el hombre.

Después de tantos años de frío, de nieve, de hielo, era agradable para él tenderse al sol en una de estas hermosas playas de Uruguay. Hablaba de sus penas de presidiario para contestar las insistentes preguntas de los compañeros y de los numerosos amigos que su patética fama le había procurado. Pero, si se le dejaba la iniciativa de la conversación, preguntaba y preguntaba. Debía compensar más de veinte años de ausencia de la vida común de los hombres; cuando lo mandaron a presidio no había tranvías y las mujeres ocultaban enteramente sus zapatos bajo amplias y largas faldas; ahora todo había cambiado: la vida política, el trabajo, las relaciones humanas, el paisaje. Debajo de una frente ya arrugada, dos ojos jóvenes miraban la vida con perpetuo y siempre renovado asombro y al mismo tiempo con la seguridad de quien tiene un criterio moral formado y no está dispuesto a dejarse influir, en este terreno, por los más inesperados descubrimientos.

Trabajaba, y con los primeros pesos ganados compró regalos: regalitos modestos pero de buen gusto que no se comprendía cómo hubiera podido adquirir, para amigos e hijos de amigos. Yo, que había recibido una hermosa cartera, me creí obligada a reprocharle esas prodigalidades. Me miró sinceramente dolorido y me dijo en voz baja e intensa: “*¡Hace tantos años que no experimentaba el placer de regalar algo!*”. Y quedó triste, porque le había estropeado ese placer. Ahora, mirando su figura en el recuerdo, me parece que su rasgo típico era la gentileza, aquella gentileza profunda hecha de amor a los hombres y de escrupulosidad moral y de pudor íntimo, gentileza que se traduce generalmente en una natural cortesía pero puede expresarse en brusquedad en cuanto la sensibilidad moral llegue a ser tocada.

De su vida de militante en el Uruguay otros pueden hablar con mayores conocimientos y más orden y espero que lo hagan. Yo puedo mencionar algunos momentos de ella y en primer término su actitud frente a la dictadura argentina de Uriburu, que se instaló en la vecina orilla a través de un golpe de Estado militar, al poco tiempo de estar Simón entre nosotros. Fue desde el comienzo una actitud de acción directa. Se había sabido que, en un barco italiano en viaje hacia Europa, el gobierno argentino había embarcado a algunos militantes de izquierda europeos con destino a su país de origen (todavía no había caído Primo de Rivera en España y el fascismo estaba en su apogeo en Italia). Se había sabido también que el hecho inaudito de violación del derecho de asilo se repetiría en los sucesivos viajes trasatlánticos. Demasiado tarde ya para salvar a los deportados del primer envío, hubo que improvisar algo en favor de los del segundo. Simón tomó la iniciativa más sencilla y eficaz: en unas lanchas él y unos cuantos compañeros más rodearon el buque atracado en un muelle del puerto y treparon a bordo, obligando al personal desprevenido a abrir los camarotes cerrados con llave y a dejar salir y desembarcar a los detenidos. En los viajes sucesivos esta tarea fue desempeñada, bajo la presión popular, por la misma policía uruguaya; pero no hay duda de que esa firme e inesperada actitud de algunos individuos en el primer momento tuvo una importancia decisiva para trazar la línea de conducta ulterior del gobierno uruguayo. Montevideo dio asilo una vez más a miles de refugiados argentinos, cuya

presencia contribuyó a disipar cierta modorra. Se formó un “*Comité contra los dictadores de América*” del que formaban parte argentinos, uruguayos, peruanos, bolivianos, sin contar a los refugiados españoles e italianos en proceso de asimilación. En este ambiente vivía y actuaba Simón Radowitzky, quien nunca dio señales de envanecerse por la celebridad y la simpatía de que estaba rodeado su nombre, ni por la deferencia con que le trataban las personalidades más conocidas de los grandes partidos, con algunas de las cuales mantuvo vínculos de amistad personal; siempre y en todas partes afirmaba modesta pero firmemente su calidad de anarquista.

Con esta firmeza suya se vincula otro recuerdo que tengo de él. En marzo de 1933 se reunió en Montevideo un Congreso Antiguerrero latinoamericano, uno de los tantos que organizan de vez en cuando los comunistas para las conveniencias de su propaganda. Eran los tiempos de la guerra del Chaco y los compañeros uruguayos y argentinos decidieron intervenir para reafirmar su posición antimilitarista y confrontar actitudes. Participábamos en representación de centros, ateneos, sindicatos, más de treinta anarquistas, entre un número enormemente mayor de comunistas y simpatizantes; había además dos jóvenes trotskistas (nunca vi mayor soledad afrontada con tan frío valor). Estaban, entre los anarquistas, Simón, Cotelo, mi padre, Lunazzi, Leval, Roqué, Fleitas, Ugo Fedeli (Treni en aquel entonces)... Algún día habrá que contar ese congreso, que constituyó para mí y para muchos de los jóvenes de aquel entonces una experiencia valiosa. Hoy quiero hablar sólo de Simón. Los organizadores trataron de separarlo de nosotros por medio del aplauso dirigido que recibió constantemente su nombre, no sólo por parte de los congresistas, sino también de las tribunas repletas de incondicionales. En medio de atronadoras aprobaciones fue elegido miembro del “presidium de honor” que se sentó en el escenario del teatro en el que se celebraba el congreso. Al principio se resistió, mas luego le convencimos de que aceptara, para evitar los roces del primer momento. Pero, después que los encargados de presentar las relaciones hubieron terminado su cometido (los comunistas hablaron contra todos, sin mencionar casi el problema de la guerra, mientras Leval, Roqué y Cotelo, que hablaban en nombre nuestro, se ciñeron estrictamente al tema, con una documentación cuidadosamente recogida), fue inútil reclamar el derecho a la discusión. El manifiesto final había sido preparado de antemano, evidentemente lejos de aquí por quienes desconocían los problemas sudamericanos. A nuestro primer intento de manifestar nuestra discrepancia, fuimos tratados con una desconsideración tan insultante que, sin consultarnos previamente, nos levantamos para retirarnos. Simón también se levantó, bajo del estrado en silencio y salió con nosotros. Su presencia impidió acaso que el conflicto pasara de las palabras a los hechos, pero su actitud firme frente a quienes acababan de rodearlo de una atmósfera de adulación contribuyó también a abrir los ojos de muchos “*compañeros de ruta*”, algunos de los cuales salieron del teatro con nosotros.

Me doy cuenta de haberme extendido más de la cuenta sin haber hablado aún de lo más importante: la actividad que desarrolló Radowitzky aquí en el periodo más penoso de la historia contemporánea uruguaya, el de la dictadura de Gabriel Terra, instaurada, a través de un golpe de Estado, el 31 de marzo de 1933. Empezó

entonces un trabajo de tipo conspirativo, en el que generalmente los que no están ocupados en los mismos detalles ignoran, aun viéndose a menudo, lo que hacen los demás. Sólo algo más tarde supe por qué estuvimos un largo tiempo sin ver a Simón; estaba empeñado con Virgilio Bottero, Carlos M. Fonsalba (excelentes compañeros médicos hoy fallecidos) y algunos otros en un trabajo de propaganda clandestina. Unos escribían, otros preparaban las matrices, Simón, recluido en la casa de otro médico amigo, se dedicaba a imprimir a mimeógrafo ese material, que luego se repartía de noche. Como consecuencia de su actividad contra la dictadura, fue detenido más tarde y llevado a la isla de Flores, adonde habían sido reunidos los principales políticos opositores. Cuando estos últimos recuperaron la libertad, Simón se quedó solo en la isla; el dictador se acordaba de Falcón y tenía miedo. Pero no le tenían miedo al presidiario de Ushuaia los hijitos del comandante de la isla, que se pasaban horas y horas con él y lo querían. Llegó en ese entonces un ofrecimiento de asilo, acompañado de halagadoras promesas, por parte de Rusia, que hubiera permitido a Simón recuperar su libertad y asegurar su porvenir. El preso contestó que no podía aceptar ofrecimientos de un gobierno que perseguía a sus compañeros. Trasladado a Montevideo y amenazado de deportación por la ley de indeseables, fue defendido por el Dr. Frugoni, el líder del Partido Socialista uruguayo, quien al final logró que lo pusieran en libertad.

Al año siguiente Simón nos dejó para irse a España a combatir contra Franco. Pero el resto de la historia la contarán otros. A partir de la derrota española ya no supe muchas cosas de él. Recibí la noticia de su llegada a México junto con una dirección; no le escribí enseguida y el tiempo fue pasando. La carta que pensaba mandarles nunca fue escrita y aquella buena amistad se transformó en recuerdo, uno de los mejores recuerdos de mi vida.

Luce Fabbri

Montevideo, 20 de marzo 1956

IDEAS Y FIGURAS

Simón Radowitzky

Conocí a Simón en España. Es decir, le conocí físicamente. Moralmente, hacía muchos años que le conocía. Su figura heroica había mecido muchos de mis sueños juveniles, en ese período de la vida en que la acción nos atrae con más fuerza que el pensamiento.

El Radowitzky conocido a través de nuestra prensa, de las campañas internacionales hechas a favor de su liberación, era el ejecutor del teniente coronel Falcón, el hombre de energía indomable que por dos veces intentó fugarse de Ushuaia, el terrible presidio argentino a donde iban a parar todos los muertos en suspenso; esto es, todos los que, por no ser condenados a muerte eran, sin embargo, enviados a morir a las tierras inhospitalarias de uno de los más espantosos presidios del mundo. Mucho peor que la Guayana y la Cayena de los franceses, que el Sing Sing de los americanos, que los antiguos presidios de Africa de los españoles.

Sabía de Simón lo que la prensa había publicado sobre él; de su vida en la Tierra de Fuego, donde llegó a ser el ídolo de todos los presos por su altruismo incesante, por su espíritu solidario, por su gran nobleza moral, que lograron imponerse hasta a los criminales más empedernidos.

Cuando le vi por primera vez, cuando vi su cuerpo anguloso, su semblante demacrado, iluminado por dos ojos de una claridad extraordinaria, ojos de un gris luminoso, llenos de infinita bondad y de dulzura indecible permanecí un instante como sobrecogida. Aquel era Simón Radowitzky, el fabuloso Simón Radowitzky, arrancado a la muerte por la más hermosa y tenaz manifestación de solidaridad internacional que ha jalonado la historia de las luchas sociales y políticas de América y de Europa.

Para muchos, Simón sólo fue uno más de los compañeros venidos de la Argentina a integrarse a los cuadros ideológicos de España, a compartir con nosotros los avatares de la lucha y la fiebre de realizaciones. En medio incluso de los intelectuales de los militantes destacados, que pronto ocuparon puestos de importancia en comités y en comisiones, Simón modesto, silencioso, pasó inadvertido.

Como en Camilo Berneri su obsesión era ir al frente. y al frente se fue. Allí estuvo varios meses; luego retornó a Barcelona cuando la militarización y el carácter cada día más acentuado de guerra, como todas las guerras, le hizo perder ilusiones y entusiasmo. Pero no se quejaba no protestaba no criticaba. No era orador ni escritor. Era un hombre inteligente, dotado de criterio propio, que atesoraba un

profundo buen sentido. Era un hombre tan rico espiritualmente, que en lugar de restar a los demás, les enriquecía constantemente con la proyección propia. Es decir: el hombre mezquino, pequeño moralmente, empobrece, empequeñece cuanto juzga y cuanto toca. El hombre grande moralmente, bueno y noble, proyecta sobre todos los demás hombres y sobre todas las cosas de la vida su mirada generosa, su juicio elevado. Jamás ve lo bajo, lo malo, lo ruin de los hombre s. Ve lo mejor y se obstina en verlo aun que se equivoque.

Asistía a nuestros "plenos", siempre callado, siempre observando. Y nunca decía nada. Pero algunas veces, encontrándole en la Secretaría de Cultura y Propaganda, en la que estaba entonces Ismael Martí —otro español que había vivido muchos años en la Argentina— hablábamos, Yo le preguntaba. y Simón me contestaba. Su juicio claro lúcido, unía a la discreción una profunda conciencia de los problemas de las posibilidades y de las imposibilidades. Recuerdo que pasé horas escuchándole, sin interrumpirle dejándole manifestarse con su voz lenta, arrastrando las sílabas, buscando a veces las palabras que expresasen mejor su pensamiento sin herir a nadie. Y escuchándole muchas veces comprendí cosas y revisé posiciones. En cuantos momentos me dije:

—¡Simón lo ve claro esto, más claro que nosotros!

Pero jamás apareció una crítica, un ataque, una interpretación torcida de una actitud a través de sus juicios en estos diálogos, que, más que diálogos, eran un monólogo de Simón consigo mismo. Yo me limitaba a escucharle pensar en voz alta.

Estaba enfermo, muy enfermo. De Ushuaia salió herido de muerte, con una lesión pulmonar producida por las privaciones, por la miseria orgánica, por los malos tratos. No es, sin embargo, de esta lesión de que ha muerto. Fue un ataque cardíaco lo que le ha llevado a la tumba.

Vivía como un pájaro. De nada. y lo poco que tenía aún lo distribuía entre los demás. Recuerdo que en aquellos días —1938—estaba yo embarazada de mi hijo Germinal. Cuando Simón podía alcanzar un bote de leche condensada, se lo llevaba a María diciéndole con sigilo:

—Este bote entrégaselo a Federica. Lo necesita más que yo. Yo no me atrevo a dárselo.

¡Pobre Simón! Hubiera preferido que esa leche la bebiera él. Pero devolverle el bote, rechazándole le hubiera representado un desaire tan grande, que jamás me atreví a hacerlo.

Cuando le veía traslúcido, a fuerza de estar delgado, deslizándose como una sombra por los corredores de la Casa C.N.T.—F.A.I., una piedad y una ternura indecibles acongojaban mi alma.

Era el símbolo vivo del renunciamiento absoluto en aras de una idea. Hombres así, vidas así, sólo se encuentran hoy en el anarquismo. Si nos paramos a reflexionar un poco sobre esta existencia, nos aparecerá aureolada de contornos tan sobrehumanos que apenas podremos concebirla.

Diecinueve años tenía cuando ajustició al coronel Falcón, convirtiéndose en el intérprete de una protesta y de un martirologio popular, del que sólo en los países de América podemos encontrar otro ejemplo. Precisa conocer la historia de las luchas sociales en la Argentina, para explicarnos su gesto, cómo ese muchacho soñador y dulce se convirtió en ejecutor de un verdugo.

Barret, Ghiraldo, Gabriela Mistral, en sus comienzos, Florencia Sánchez, todos los poetas y escritores de vanguardia han hablado de la gran miseria de los agros americanos, de la explotación inicua de los inmigrantes y de los nativos. Los gobiernos de las diferentes repúblicas americanas —y Argentina no fue jamás una excepción, a pesar de su desarrollo industrial y de su barniz de civilización más avanzada— no han sido más que los testaferros de una burguesía feudal, acostumbrada a tratar a los hombres como esclavos. Falcón fue el perro de presa de esta burguesía, ahogando en sangre uno de los movimientos huelguísticos que hicieron, en el pasado, la gloria y la fuerza de la F.O.R.A.

Radowitzky era un muchacho ucraniano refugiado en la Argentina huyendo de las persecuciones desencadenadas en Rusia después de 1905. De alma ardiente en una época en que el anarquismo flotaba en el ambiente mundial, abrazó nuestras ideas con la misma naturalidad que respiraba. Contaba sólo quince años cuando tomó parte activa en la primera revolución rusa salvando la vida de milagro y trasladándose a la Argentina. Llegó allí en un momento en que la F.O.R.A. era la organización obrera más influyente y más preponderante. Ingresó en ella, aportándole su entusiasmo y su voluntad. Cuando la represión se produjo, su alma esclava se revolvió de horror ante las víctimas y de indignación ante los victimarios. Herir a Falcón era herir al Poder y era herir al feudalismo económico responsable de la masacre, victorioso de la lucha desigual e inmisericorde. Y Radowitzky, solitario, magnífico de fe y de abnegación, ejecutó al execrable instrumento de las fuerzas que sometían a explotación y miseria al proletario argentino.

Fue condenado en medio de la efervescencia popular; fue conducido a Ushuaia y durante los largos años de encierro no cejó el forcejeo para propiciar su liberación. Ni por un instante la F.O.R.A. descuidó su campaña en pro de Radowitzky, reivindicando plenamente su gesto. Se sucedieron los regímenes dictatoriales en la Argentina. Justo, Uriburu por fin Perón, con etapas intermitentes de libertad social y política aprovechadas por las organizaciones obreras. En una de estas etapas se consiguió la libertad de Radowitzky. Y Radowitzky, que había pasado en presidio los mejores años de su vida, que había conocido los más inhumanos sufrimientos, cuya alma se había templado en el yunque de todas las pruebas y de todos los dolores, no tuvo reposo, tan pronto estalló la revolución de España, hasta integrarse a ella, Sin condición alguna, indigna de él y de nosotros, sin pedir a cambio más que la gloria de coronar su vida, muriendo, si era preciso, porque el ideal anarquista viviese y se realizase.

Pienso que le infligimos muchos desengaños; que entre nosotros vivió horas muy amargas. Pero nunca se quejó y siempre tuvo una explicación y una excusa para todo, No tenía una gran cultura libresco, a pesar de que había leído bastante y conocía a fondo nuestros teóricos y nuestras ideas, Pero había vivido mucho y conocía, aún más a fondo que las teorías, las realidades del hombre y de la vida. Y en su existencia de solitario había aprendido a observar y a reflexionar mucho. Multitud de cosas que parecían simples, él las veía en toda su complejidad, sin escapársele ningún matiz. Como era modesto, tímido, reconcentrado, nunca hablaba de nada y menos de sí mismo. Era preciso encontrarle en un momento de locuacidad, llevarle insensiblemente hacia el terreno de la confianza y de la

confidencia para que se descubriera y mostrase hasta donde su espíritu percibía y penetraba.

En todos los años de exilio, sólo de tiempo en tiempo tuvimos noticias de él. Vivía en México con nombre supuesto temiendo que el terrible apellido Radowitzky le cerrase muchas puertas. Pero siguió actuando entre el movimiento español, fiel a sus amigos de todo momento y a su línea ideal de siempre. Si calló ante todas las desviaciones, impuestas por necesidades y fatalidades que nos encerraban dentro de un círculo infernal, no por eso las aceptó jamás como buenas. Pero no las criticó nunca, dejando tiempo al tiempo y confiando siempre en lo que debía producirse; en la recuperación ideal de un movimiento guiado por el corazón y el instinto de una mayoría idealista y consciente.

Su muerte priva a la humanidad de uno de sus más puros valores. No habrán acompañado su cadáver multitudes llorando al héroe, ni al semi-Dios, ni al hombre providencial. Pero no habrá habido un compañero en México, no habrá un compañero en la Argentina, en Francia ni en España, que, al saber su fin, no haya sentido acongojarse su alma y que no haya despedido a Simón Radowitzky con la más pura y la más tierna de las emociones.

Ni aún muerto, el recuerdo de Simón deja de ser consolador y dulce; de él emanaban siempre serenidad y paz, equilibrio y cordura, bondad y mesura. El era la extraña conjugación de virtudes raramente reunidas en un mismo hombre. y él era, sobre todo, la imagen misma del anarquista tal como puede concebirlo la mente humana, elevando al anarquismo a la categoría de ideal de vida y de actitud ante la vida. Del anarquista, en lo que el anarquista tiene de encarnación de lucha, de grandeza, de ética, de sacrificio, de fe en la humanidad y de entrega a una causa. En lo que la palabra anarquista expresa de virtudes Individuales y de solidaridad con la especie.

En lo que la anarquía encarna, como dignidad del hombre y como ideal infinito de la humanidad entera.

De Simón, muchos decían:

—Es un místico.

Yo pensaba:

—No. Es un hombre de una humanidad por venir.

Como existen hoy primitivos, existen tipos avanzados de humanidad superior. Como hay hombres que viven estadios de conciencia propios de épocas ya pasadas, otros viven adelantándose de siglos a la evolución media de la especie.

Los anarquistas, los verdaderos anarquistas, son hombres que viven hoy, realizando anticipadamente el tipo humano de mañana.

De anarquistas, de verdaderos anarquistas, no hay muchos, aunque sean y hayan sido numerosos los que como tal se adjetiven.

Simón era esto, en cuerpo y en alma, en realidad y en sueño: un anarquista.

Federica Montseny

UNO ENTRE MUCHOS

Cuartillas leídas por el compañero Liberto Callejas ante la abierta tumba del querido compañero Radowitzky.

Pocas palabras y un pequeño recuerdo. Como una hoja al viento que se pierde en el infinito. Pocas palabras, a la manera de este hombre que va a bajar a la tierra. Porque esto era Simón Radowitzky: un hombre de pocas palabras. pero de una acción arrolladora.

Los hombres de acción apenas hablan. Accionan. La oratoria vuela muy alto. se diluye. La acción queda patente, firme, entera, palpable, como un ejemplo perdurable.

Esto era Simón Radowitzky: un hombre de acción y todo un carácter. Como los hombres de acción callaba, oía y observaba; y casi siempre practicaba la soledad. Estos hombres prefieren estar solos mientras no pueden juntarse con sus iguales.

Descartes dijo que se paseaba entre los hombres como si fueran árboles. Cumplen su obra con la firme resignación de que deben cumplirla.

Ignora el hombre de acción las cobardías que dormitan en el fondo de los caracteres serviles. El hombre de acción se refugia en sí mismo, se atrinchera en sus ideales y calla. No quiere hablar porque teme espantar a las sombras que lo rodean.

Viven con obsesión de no depender de nadie, porque eso estorbaría su independencia para la acción. El hombre de acción casi nunca es un ser cerebral. La acción está impulsada siempre por los sentimientos, por el corazón. El hombre que medita y piensa con demasía, casi nunca emplea la acción, porque ésta, es impulsiva, vertebral, muscular. El hombre de acción, al servicio de la justicia y de la libertad la practica con arreglo a sus concepciones bien sentidas. Piensa primero, luego ejecuta.

Y esto era Radowitzky. En la gesta vindicativa de Buenos Aires hubo algo de genio ejecutor. El golpe contra la tiranía lo prepara él solo, sin auxilio de nadie. Tenía las manos libres para golpear a los malvados. Suprimir a Falcón, representante y defensor de la barbarie entronizada. Radowitzky, que era un hombre callado y solitario, pensó en los demás con esa grandeza de espíritu que es consustancial en los idealistas. Para vengar a todo un pueblo escarnecido y oprimido, se bastaba él solo. Su golpe sería una enseñanza y un ejemplo.

En España pidió una plaza para el frente de batalla. La vanguardia era la acción. La retaguardia era la rutina, y a veces la inacción completa. Un hombre que había pasado 21 años de reclusión en la atormentadora Tierra del Fuego, no podía enfrascarse en la odiosa monotonía de cualquier cargo oficial u oficialesco,

Luego, en el destierro, sufrió como muchos la tiranía de no hacer nada. Permanecía días y noches recostado en la paja infecta de una especie de asilo, carcomido de miseria.

y aquí miró siempre hacia el porvenir, como si el pasado hubiera muerto a su espalda. Sólo los hombres viven acordándose de donde vienen. Los hombres de acción, como Radowitzky, sólo necesitan saber a donde van. Nunca tuvo paciencias resignadas, ni esa imitativa mansedumbre del que se acomoda a las circunstancias para vegetar tranquilamente. El hombre vulgar es imitativo; el hombre de acción es creador, y con frecuencia, un inadaptado. Cuando el hombre llega al ocaso de su vida, por lo regular cede cuando los resortes del espíritu siente la herrumbre de la vejez. Radowitzky, ¡este Raúl tan nuestro y tan de las ideas!, fue una excepción. Así vivió y así murió.

En plena enfermedad, solo, sin hogar —frustrado tal vez por los largos años de cautiverio—, siguió su vida de siempre hasta el borde mismo de la tumba.

Los hombres como Radowitzky pueden catalogarse por la calidad de la función que desempeñan. Los ignorantes, los envidiosos y los mediocres confundían su pasión ardiente con una locura. Las medianías, molestas por la integridad del hombre que no claudica, ni descansa, ni se aviene a bajas ramplonerías de politiquería, sólo atinan a justificarse, frente a ellos, recurriendo a epítetos malsonantes.

Pero Radowitzky era un hombre curtido en la brega y seguía su camino con esa febrilidad y entereza dignas de un ser que sabe que detrás de un matorral de espinas hay todo un inmenso florecimiento de esperanzas.

Dijo Leonardo que es destino de los hombres de ideas y de acciones estar ausentes de todas partes, para fincar sus actividades en un solo objetivo.

Radowitzky vivió solo entre muchos, honrado entre muchos, silencioso y activo entre muchos. y ahora, en la entraña palpitante de la madre tierra, dará también su fruto al metabolismo de los cuerpos y las plantas que es una continuidad de la vida.

¡Compañero Simón Radowitzky, hermano Raúl. Descansa en paz en esta tierra del destierro! Pronto te seguiremos. y serás otra vez, uno entre muchos...